

CONGREGACIÓN PARA LOS INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA □ Y LAS
SOCIEDADES DE VIDA APOSTÓLICA

EL SERVICIO DE LA AUTORIDAD Y LA OBEDIENCIA

Faciem tuam, Domine, requiram

Instrucción

INTRODUCCIÓN

«Señor, que brille tu rostro y nos salve» (Sal 79,4)

La vida consagrada testimonio de la búsqueda de Dios

1. *«Faciem tuam, Domine, requiram»: Tu rostro buscaré, Señor (Sal 26, 8).* Peregrino en busca del sentido de la vida y envuelto en el gran misterio que lo circunda, el hombre busca, a veces de manera inconsciente, el rostro del Señor. *«Señor, enséñame tus caminos, instrúyeme en tus sendas» (Sal 24, 4).* Nadie podrá quitar nunca del corazón de la persona humana la búsqueda de Aquél de quien la Biblia dice *«Él lo es todo» (Si 43, 27)*, como tampoco la de los caminos para alcanzarlo.

La vida consagrada, llamada a hacer visibles en la Iglesia y en el mundo los rasgos característicos de Jesús, virgen, pobre y obediente,¹ florece en esta búsqueda del rostro del Señor y del camino que a Él conduce (cf. *Jn 14,4-6*). Una búsqueda que lleva a experimentar la paz — *«en su voluntad está nuestra paz»*² — y que constituye la fatiga de cada día, porque Dios es Dios y no siempre sus caminos y pensamientos son nuestros caminos y nuestros pensamientos (cf. *Is 55, 8*). De manera que la persona consagrada es testimonio del compromiso, gozoso al tiempo que laborioso, de la búsqueda asidua de la voluntad divina, y por ello elige utilizar todos los medios disponibles que le ayuden a conocerla y la sostengan en llevarla a cabo.

Aquí encuentra también su significado la comunidad religiosa, comunión de personas consagradas que hacen profesión de buscar y poner en práctica juntas la voluntad de Dios. Una comunidad de hermanos o hermanas con papeles diversos, pero con un mismo objetivo y una misma pasión.

Por esto, mientras en la comunidad *todos* están llamados a buscar lo que agrada a Dios así como a obedecerle a Él, *algunos* en concreto son llamados a ejercer, generalmente de forma temporal, el oficio particular de ser signo de unidad y guía en la búsqueda coral y en la *realización* personal y comunitaria de la voluntad de Dios.

Éste es el servicio de la autoridad.

Un camino de liberación

2. La cultura de las sociedades occidentales, centrada fuertemente sobre el sujeto, ha contribuido a difundir el valor del respeto hacia la dignidad de la persona humana, favoreciendo así positivamente el libre desarrollo y la autonomía de ésta.

Este reconocimiento constituye uno de los rasgos más significativos de la modernidad y ciertamente es un dato providencial que requiere formas nuevas de concebir la autoridad y de relacionarse con ella. Pero no podemos olvidar que cuando la libertad se hace arbitraria y la autonomía de la persona se entiende como independencia respecto al Creador y respecto a los demás, entonces nos encontramos ante formas de idolatría que no sólo no aumentan la libertad sino que esclavizan.

En estos casos, las personas creyentes en el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob, en el Dios de Jesucristo, no pueden dejar de emprender un camino de liberación personal respecto a toda sombra de culto idólatrico. Es un camino que halla un modelo estimulante en la experiencia del Éxodo: un camino que libera del sometimiento al modo de pensar corriente y conduce a la libre adhesión al Señor; un camino que deja de lado todo criterio valorativo plano y unilateral para llevar a la busca de itinerarios que desembocan en la comunión con el Dios vivo y verdadero.

El recorrido del Éxodo lo guía la nube, luminosa y oscura, del Espíritu de Dios; y, aunque a veces parece perderse por caminos sin sentido, tiene por meta la intimidad beatífica del corazón de Dios: «Os he llevado sobre alas de águila y os he traído a mí» (*Ex* 19, 4). Un grupo de esclavos queda liberado y se convierte en pueblo santo, que conoce el gozo del servicio libre a Dios. Los acontecimientos del Éxodo son un paradigma que acompaña la entera historia bíblica y se presenta como anticipación profética de la misma vida terrena de Jesús, que a su vez también libera de la esclavitud por la obediencia a la voluntad providente del Padre.

Destinatarios, objeto y límites de este documento

3. En su última Plenaria, celebrada los días 28-30 de septiembre de 2005, la Congregación para los Institutos de vida consagrada y las Sociedades de vida apostólica estudió el tema del ejercicio de la autoridad y de la obediencia en la vida consagrada. Se constató entonces que, hoy día, este tema exige un esfuerzo especial de reflexión, debido sobre todo a los cambios que estos últimos años han tenido lugar en el seno de los Institutos y comunidades; y también a la luz de cuanto han propuesto los más recientes documentos magisteriales sobre el tema de la renovación de la vida consagrada.

La presente Instrucción es fruto de todo lo que en aquella Plenaria fue surgiendo, sobre lo cual ha seguido reflexionando luego nuestro Dicasterio. Está destinada a los miembros de los Institutos de vida consagrada que viven en comunidad, o sea, a cuantos pertenecen, hombres y mujeres, a Institutos religiosos. A ellos se asimilan los miembros de Sociedades de Vida Apostólica. Y aun el resto de los consagrados también puede sacar indicaciones útiles en relación con su género de vida. A todos los arriba mencionados llamados a testimoniar la primacía de Dios a través de la libre obediencia a su santa voluntad, este documento intenta ofrecerles una ayuda y

un estímulo para vivir con gozo el «sí» que han dado al Señor.

Al afrontar el tema de esta Instrucción, somos conscientes de que tiene muchas implicaciones, y de que en el vasto mundo de la vida consagrada existe hoy una gran diversidad de proyectos carismáticos y compromisos misioneros, así como una cierta diversidad de modelos de gobierno y de formas de practicar la obediencia; diversidad influenciada, muchas veces, por los respectivos contextos culturales.³ Además, habría que tener presente las diferencias, también de carácter psicológico, de las comunidades femeninas y masculinas. Y no sólo eso: habría que tener en cuenta las nuevas problemáticas que al ejercicio de la autoridad le plantean las numerosas formas de colaboración apostólica, particularmente con los laicos. También el peso distinto que los diversos Institutos religiosos atribuyen a la autoridad local o a la autoridad central, configura modalidades no uniformes de practicar la autoridad y la obediencia. Finalmente, no hay que olvidar que, por lo general, la tradición de la vida consagrada ve en la figura «sinodal» del Capítulo general (o reuniones análogas) la autoridad suprema del Instituto,⁴ a la que todos los miembros, empezando por los superiores, tienen que remitirse.

A todo ello hay que añadir la constatación de que, en estos años, ha cambiado el modo de percibir y vivir la autoridad y la obediencia tanto en la Iglesia como en la sociedad. Ello es debido, entre otras cosas: a la toma de conciencia del *valor de la persona individual*, con su vocación propia y sus dones intelectuales, afectivos y espirituales, así como su libertad y su capacidad relacional; a la centralidad de la *espiritualidad de comunión*,⁵ con el aprecio de los instrumentos que ayudan a vivirla; a un modo distinto y menos individualista de concebir la misión, *compartida* con todos los miembros del pueblo de Dios, de lo cual se derivan formas de colaboración concreta.

Sin embargo, considerando algunos elementos del presente influjo cultural, hemos de recordar que el deseo de *autorrealizarse* puede entrar a veces en colisión con los *proyectos comunitarios*; y que la búsqueda del *bienestar personal*, sea éste espiritual o material, puede hacer dificultosa la entrega personal al servicio de la misión común; y, en fin, que las visiones excesivamente subjetivas del carisma y el servicio apostólico pueden debilitar la colaboración y la condisión fraternas.

Pero tampoco hay que excluir que en ciertos ambientes aparezcan problemas opuestos, determinados por una visión de las relaciones más escorada hacia el lado de la colectividad o la excesiva uniformidad, con el peligro de amenazar el crecimiento y la responsabilidad de los individuos. No es fácil el equilibrio entre sujeto y comunidad, y por tanto no lo es entre autoridad y obediencia.

Esta Instrucción no pretende entrar a estudiar todas las problemáticas suscitadas por los elementos y sensibilidades que acabamos de mencionar. Éstas quedan, por así decir, en el fondo de las reflexiones e indicaciones que aquí propondremos. El objeto principal de esta

Instrucción es reafirmar que tanto la obediencia como la autoridad, por más que se practiquen de formas distintas, tienen siempre una relación peculiar con el Señor Jesús, Siervo obediente. Y se propone, además, ayudar a la autoridad en su triple servicio: a cada una de las personas llamadas a vivir su consagración (*parte primera*); en la construcción de comunidades fraternas (*parte segunda*); en la misión común (*parte tercera*).

Las consideraciones e indicaciones siguientes están en continuidad con las de los documentos que han acompañado el camino de la vida consagrada a lo largo de estos años nada fáciles. Sobre todo, las Instrucciones *Potissimum institutioni*,⁶ de 1990, *La vida fraterna en comunidad*,⁷ de 1994, la exhortación apostólica postsinodal *Vita consecrata*,⁸ de 1996, y la Instrucción *Caminar desde Cristo*,⁹ de 2002.

PRIMERA PARTE

CONSAGRACIÓN Y BÚSQUEDA DE LA VOLUNTAD DE DIOS

«Para que, libres, podamos servirlo en santidad y justicia» (cf. *Lc 1, 74-75*)

¿A quién estamos buscando?

4. A los primeros discípulos que, inseguros aún y dudosos, se ponen a seguir un nuevo *Rabbi*, el Señor les pregunta: «¿Qué buscáis?» (*Jn 1, 38*). En esta pregunta podemos leer otras preguntas radicales: ¿Qué busca tu corazón? ¿Por qué cosas te afanas? ¿Te estás buscando a ti mismo o buscas al Señor tu Dios? ¿Sigues tus deseos o el deseo del que ha hecho tu corazón y lo quiere realizar como Él quiere y conoce? ¿Persigues sólo cosas que pasan o buscas a Aquél que no pasa? Ya lo observaba san Bernardo: «¿Qué podemos negociar, Señor Dios nuestro, en este país de la desemejanza? Mira qué hacen los humanos desde el alba hasta el ocaso: recorrer todos los mercados del mundo en busca de riquezas y honores o arrastrados por los suaves encantos de la fama».¹⁰

«Tu rostro buscaré, Señor» (*Sal 26, 8*): ésta es la respuesta de la persona que ha comprendido la unicidad e infinita grandeza del misterio de Dios, así como la soberanía de su santa voluntad; pero también es la respuesta, aunque sea implícita y confusa, de toda criatura humana en busca de verdad y felicidad. *Quaerere Deum* ha sido siempre el programa de toda existencia sedienta de absoluto y eternidad. Hoy muchos ven como algo mortificante toda forma de dependencia; pero es propio de la criatura el ser dependiente de Otro y, en la medida en que es un ser en relación, también de los otros.

El creyente busca a Dios vivo y verdadero, Principio y Fin de todas las cosas; el Dios que no hemos forjado nosotros a nuestra imagen y semejanza, sino el que nos ha hecho a imagen y semejanza suya; el Dios que manifiesta su voluntad y nos indica los senderos para alcanzarlo. «Me enseñarás el sendero de la vida, me saciarás de gozo en tu presencia, de alegría perpetua a tu derecha» (*Sal 15, 11*).

Buscar la voluntad de Dios significa buscar una voluntad amiga, benévola, que quiere nuestra realización, que desea sobre todo la libre respuesta de amor al amor suyo, para convertirnos en instrumentos del amor divino. En esta *via amoris* es donde se abre la flor de la escucha y la obediencia.

La obediencia como escucha

5. «Escucha, hijo» (*Pr 1, 8*). La obediencia es ante todo actitud filial. Es un particular tipo de escucha que sólo puede prestar un hijo a su padre, por tener la certeza de que

el padre sólo tiene cosas buenas que decir y dar al hijo; una escucha entretejida de una confianza que al hijo le hace acoger la voluntad del padre, seguro como está de que será para su bien.

Todo esto es muchísimo más cierto en relación con Dios. En efecto, nosotros alcanzamos nuestra plenitud sólo en la medida en que nos insertamos en el plan con el cual Él nos ha concebido con amor de Padre. Por tanto la obediencia es la única forma que tiene la persona humana, ser inteligente y libre, de realizarse plenamente. Y, cuando dice «no» a Dios, la persona humana compromete el proyecto divino, se empequeñece a sí misma y queda abocada al fracaso.

La obediencia a Dios es camino de crecimiento y, en consecuencia, de libertad de la persona, porque permite acoger un proyecto o una voluntad distinta de la propia, que no sólo no mortifica o disminuye, sino que fundamenta la dignidad humana. Al mismo tiempo, también la libertad es en sí un camino de obediencia, porque el creyente realiza su ser libre obedeciendo como hijo al plan del Padre. Es claro que una tal obediencia exige reconocerse como hijos y disfrutar siéndolo, porque sólo un hijo y una hija pueden entregarse libremente en manos del Padre, igual que el Hijo Jesús, que se ha abandonado al Padre. Y, si en su pasión ha llegado incluso a entregarse a Judas, a los sumos sacerdotes, a quienes lo flagelaban, a la muchedumbre hostil y a sus verdugos, lo ha hecho sólo porque estaba absolutamente seguro de que todo encontraba significado en la fidelidad total al plan de salvación querido por el Padre, a quien — como recuerda san Bernardo — «lo que agradó no fue la muerte, sino la voluntad del que moría libremente».¹¹

«Escucha, Israel» (Dt 6, 4)

6. Para el Señor Dios, hijo es Israel, el pueblo elegido, que Él ha engendrado, que ha hecho crecer teniéndolo de la mano, que ha levantado hasta su mejilla, al que ha enseñado a caminar (cf. *Os* 11, 1-4); aquel a quien — como suprema expresión de afecto — ha dirigido después su Palabra, a pesar de que este pueblo no siempre la haya escuchado, o la haya recibido como un peso, como una «ley». Todo el Antiguo Testamento es una invitación a la escucha, y la escucha está en función de la alianza nueva, cuando, según dice el Señor, «pondré mis leyes en su mente, en sus corazones las grabaré, y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo» (*Hb* 8, 10; cf. *Jr* 31, 33).

A la escucha sigue la obediencia como respuesta libre y liberadora del nuevo Israel a la propuesta del nuevo pacto; la obediencia es parte de la nueva alianza, más aún es su distintivo característico. Según esto, la obediencia sólo puede ser comprendida del todo dentro de la lógica de amor, de intimidad con Dios, de pertenencia definitiva a Él, que nos hace finalmente libres.

Obediencia a la Palabra de Dios

7. La primera obediencia de la criatura consiste en venir a la existencia, como respuesta a la Palabra que la llama al ser. Esa obediencia alcanza plena expresión cuando la criatura es libre de reconocerse y aceptarse como don del Creador, de decir «sí» a su procedencia de Dios. Ésta realiza así su primer acto de libertad, un acto de libertad verdadero, que es también el primero y fundamental acto de auténtica obediencia.

No sólo eso. La obediencia propia de la persona creyente consiste en la adhesión a la Palabra con la cual Dios se revela y se comunica, y a través de la cual renueva cada día su alianza de amor. De esta Palabra ha brotado la vida que se sigue transmitiendo cada día. De ahí que la persona creyente busque cada mañana el contacto vivo y constante con la Palabra que se proclama ese día, y la medite y la guarde en el corazón como un tesoro, convirtiéndola en la raíz de todos sus actos y el primer criterio de sus elecciones. Y, lo mismo, al final de la jornada se confronta con ella e, imitando a Simeón, alaba a Dios porque ha visto cómo la Palabra eterna se realiza en los avatares del día a día (cf. *Lc* 2, 27-32), al tiempo que confía a la fuerza de la Palabra cuanto ha quedado sin llevarse a cabo. Porque, efectivamente, la Palabra no trabaja sólo de día sino siempre, como enseña el Señor en la parábola de la simiente (cf. *Mc* 4, 26-27).

El trato amoroso y cotidiano con la Palabra educa para descubrir los caminos de la vida y las modalidades a través de las cuales Dios quiere liberar a sus hijos; alimenta el instinto espiritual por las cosas que agradan a Dios; transmite el sentido de su voluntad y el gusto por ella; da la paz y el gozo por permanecerle fieles, al tiempo que hace sensibles y prontos a todo lo que implica obediencia, sea el evangelio (*Rm* 10, 16; *2 Ts* 1, 8), la fe (*Rm* 1, 5; 16, 26) o la verdad (*Ga* 5, 7; *1 P* 1, 22).

Con todo, no se debe olvidar que la experiencia auténtica de Dios es siempre experiencia de alteridad. «Por grande que pueda ser la semejanza entre el Creador y la criatura, siempre será mayor la desemejanza».¹² Los místicos y cuantos han gustado la intimidad con Dios, nos recuerdan que el contacto con el Misterio soberano es siempre contacto con el Otro, con una voluntad que puede ser dramáticamente desemejante de la nuestra. De ahí que obedecer a Dios signifique entrar en «otro» orden de valores, captar un sentido nuevo y diferente de la realidad, experimentar una libertad imprevisible, tocar los umbrales del misterio: «Porque mis planes no son vuestros planes, ni mis caminos son vuestros caminos, oráculo del Señor. Porque cuanto distan los cielos de la tierra, así distan mis caminos de los vuestros» (*Is* 55, 8-9).

Se puede producir temor al adentrarse en el mundo de Dios, tal experiencia, como vemos en los Santos, puede mostrar que lo imposible para el hombre es posible para Dios. Más aún, es auténtica obediencia al misterio de un Dios que es «*interior intimo meo*»,¹³ al tiempo que radicalmente otro.

Siguiendo a Jesús, el Hijo obediente al Padre

8. En este camino no estamos solos: nos guía el ejemplo de Cristo, el amado en quien el Padre se ha complacido (cf. *Mt* 3, 17; 17, 5), y Aquél al mismo tiempo que nos ha liberado por su obediencia. Es Él quien inspira nuestra obediencia para que también a través de nosotros se cumpla el plan divino de salvación.

En Él todo es escucha y acogida del Padre (cf. *Jn* 8, 28-29); toda su vida terrena es expresión y continuación de cuanto el Verbo hace desde toda la eternidad: dejarse amar por el Padre, acoger su amor de forma incondicionada, hasta el punto de no hacer nada por sí mismo (cf. *Jn* 8, 28), sino hacer en todo momento lo que le agrada al Padre. La voluntad del Padre es el alimento que sostiene a Jesús en su obra (*Jn* 4, 34) y consigue para Él y para nosotros la sobreabundancia de la resurrección, la alegría luminosa de entrar en el corazón mismo de Dios, en la dichosa multitud de sus hijos (cf. *Jn* 1, 12). Por esta obediencia de Jesús «todos son constituidos justos»

(Rm 5, 19).

Él la ha vivido incluso cuando le ha presentado un cáliz difícil de beber (cf. *Mt* 26, 39.42; *Lc* 22, 42), y se ha hecho «obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz» (*Flp* 2, 8). Es el aspecto dramático de la obediencia del Hijo, envuelta en un misterio que nunca podremos penetrar totalmente, pero que para nosotros es de gran importancia porque nos desvela aún más la naturaleza *filial* de la obediencia cristiana: solamente el Hijo, que se siente amado por el Padre y le corresponde con todo su ser, puede llegar a este tipo de obediencia radical.

A ejemplo de Cristo, el cristiano se define como un ser obediente. La primacía indiscutible del amor en la vida cristiana no puede hacernos olvidar que ese amor ha conseguido un rostro y un nombre en Cristo Jesús y se ha convertido en Obediencia. En consecuencia, la obediencia no es humillación sino verdad sobre la cual se construye y realiza la plenitud del hombre. Por eso el creyente desea cumplir la voluntad del Padre de forma tan intensa que esto se convierte en su aspiración suprema. Igual que Jesús, él quiere vivir de esta voluntad. A imitación de Cristo y aprendiendo de Él, con gesto de suprema libertad y confianza sin condiciones, la persona consagrada ha puesto su voluntad en las manos del Padre para ofrecerle un sacrificio perfecto y agradable (cf. *Rm* 12, 1).

Pero antes aún de ser el modelo de toda obediencia, Cristo es Aquel a quien se dirige toda obediencia cristiana. En efecto, el poner en práctica sus palabras hace efectivo el discipulado (cf. *Mt* 7, 24) y la observancia de sus mandamientos vuelve concreto el amor hacia Él y atrae el amor del Padre (cf. *Jn* 14, 21). Él es el centro de la comunidad religiosa como aquél que sirve (*Lc* 22, 27), pero también como aquél a quien confiesa la propia fe («creéis en Dios; creed también en mí»: *Jn* 14,1) y presta obediencia, porque sólo en ella se realiza un seguimiento firme y perseverante: «En realidad, es el mismo Señor resucitado, nuevamente presente entre los hermanos y las hermanas reunidos en su nombre, quien indica el camino por recorrer».¹⁴

Obedientes a Dios a través de mediaciones humanas

9. Dios manifiesta su voluntad a través de la moción interior del Espíritu, que «guía a la verdad entera» (cf. *Jn* 16, 13) y también a través de múltiples mediaciones externas. En efecto, la historia de la salvación es una historia de mediaciones que de alguna forma hacen visible el misterio de la gracia que Dios realiza en lo íntimo de los corazones. También en la vida de Jesús se pueden reconocer no pocas mediaciones humanas a través de las cuales Él se ha dado cuenta y ha interpretado y acogido la voluntad del Padre como razón de ser y alimento permanente de su vida y su misión.

Las mediaciones que comunican exteriormente la voluntad de Dios se reconocen en los avatares de la vida y en las exigencias propias de la vocación específica; pero también se expresan en las leyes que regulan la vida social y en las disposiciones de quienes están llamados a guiarla. En el contexto eclesial, las leyes y disposiciones legítimamente dadas permiten reconocer la voluntad de Dios, ya que plasman concreta y «ordenadamente» las exigencias evangélicas, a partir de las cuales aquéllas se formulan y perciben.

Además, las personas consagradas son llamadas al seguimiento de Cristo obediente

dentro de un «proyecto evangélico», o carismático, suscitado por el Espíritu y autenticado por la Iglesia. Ésta, cuando aprueba un proyecto carismático como es un Instituto religioso, garantiza que las inspiraciones que lo animan y las normas que lo rigen abren un itinerario de búsqueda de Dios y de santidad. En consecuencia, la Regla y las demás ordenaciones de vida se convierten también en mediación de la voluntad del Señor: mediación humana, sí, pero autorizada; imperfecta y al mismo tiempo vinculante; punto de partida del que arrancar cada día y punto también que sobrepasar con impulso generoso y creativo hacia la santidad que Dios «quiere» para cada consagrado. En este camino, la autoridad tiene la obligación pastoral de guiar y decidir.

Es evidente que todo esto será vivido de manera coherente y fructuosa sólo si se mantienen vivos el deseo de conocer y hacer la voluntad de Dios, así como la conciencia de la propia fragilidad y la aceptación de la validez de las mediaciones específicas, incluso cuando no se llega a captar del todo las razones que presentan.

Las intuiciones espirituales de los fundadores y de las fundadoras, especialmente aquellos que mayormente han marcado el camino de la vida religiosa a lo largo de los siglos, siempre han dado gran realce a la obediencia. San Benito ya al comienzo de su Regla se dirige al monje diciéndole: «A ti, pues, se dirigen estas mis palabras, (...) si es que te has decidido a renunciar a tus propias voluntades y esgrimes las potentísimas y gloriosas armas de la obediencia para servir al verdadero rey, Cristo el Señor».¹⁵

Además, se debe recordar que la relación autoridad-obediencia se coloca en el contexto más amplio del misterio de la Iglesia, representando una forma particular de su función mediadora. A este respecto, el Código de Derecho Canónico recomienda a los superiores ejercer «con espíritu de servicio la potestad que han recibido de Dios mediante el ministerio de la Iglesia».¹⁶

Aprender la obediencia en lo cotidiano

10. Por consiguiente, a la persona consagrada le puede ocurrir que «aprenda la obediencia» también a base de sufrimiento, en situaciones particulares y difíciles: por ejemplo, cuando se le pide abandonar ciertos proyectos e ideas personales, o renunciar a la pretensión de gobernar él solo la vida y la misión; o las veces que humanamente parece poco convincente lo que se pide (o quien lo pide). Por tanto, quien se encuentre en estas situaciones no olvide que la mediación es por su propia naturaleza limitada e inferior a aquello a lo que remite, tanto más si se trata de la mediación humana en relación con la voluntad divina; y recuerde también, cuando se halle ante una orden dada legítimamente, que el Señor pide obedecer a la autoridad que en ese momento lo representa,¹⁷ y que también Cristo «aprendió la obediencia a fuerza de padecer» (*Hb* 5, 8).

Es oportuno recordar, a este propósito, las palabras de Pablo VI: «Debéis experimentar algo del peso que atraía al Señor hacia su cruz, este 'bautismo con el que debía ser bautizado', donde se habría de encender aquel fuego que os inflama también a vosotros (cf. *Lc* 12, 49-50); algo de aquella «locura» que san Pablo desea para todos nosotros, porque sólo ella nos hace sabios (cf. *I Co* 3, 18-19). Que la cruz sea para vosotros, como ha sido para Cristo, la prueba del amor más grande. ¿No existe acaso una relación misteriosa entre la renuncia y la alegría, entre el sacrificio y la amplitud de corazón, entre la disciplina y la libertad espiritual?».¹⁸

Es precisamente en estos casos de dificultad donde la persona consagrada aprende a obedecer al Señor (cf. *Sal* 118, 71), a escucharlo y a adherirse sólo a Él, mientras espera, con paciencia y llena de esperanza, su Palabra reveladora (*Sal* 118, 81) con plena y generosa disponibilidad a cumplir su voluntad y no la propia (*Lc* 22, 42).

En la luz y en la fuerza del Espíritu

11. Por consiguiente, uno se adhiere al Señor cuando atisba su presencia en las mediaciones humanas, especialmente en la Regla, en los superiores, en la comunidad,¹⁹ en los signos de los tiempos, en las expectativas de la gente, sobre todo de los pobres; cuando tiene el valor de echar las redes en virtud «de su palabra» (cf. *Lc* 5, 5) y no por motivaciones solamente humanas; cuando elige obedecer no sólo a Dios sino también a los hombres, pero, en cualquier caso, por Dios y no por los hombres. Escribe San Ignacio de Loyola en sus Constituciones: «como la vera obediencia no mire a quién se hace, mas por quién se hace; y si se hace por solo nuestro Criador y Señor, el mismo Señor de todos se obedece».²⁰ Si, en los momentos difíciles, el llamado a obedecer pedirá con insistencia el Espíritu al Padre (cf. *Lc* 11, 13), éste se lo dará y el Espíritu le concederá luz y fuerza para ser obediente, le hará conocer la verdad y la verdad lo hará libre (cf. *Jn* 8, 32).

Jesús mismo, en su humanidad, fue conducido por la acción del Espíritu Santo: tras ser concebido en el vientre de la Virgen María por obra del Espíritu Santo, al comienzo de su misión, en el bautismo, recibe el Espíritu que desciende sobre Él y lo guía; y, una vez resucitado, derrama el Espíritu sobre sus discípulos para que entren en su misma misión, anunciando la salvación y el perdón que Él ha merecido. El Espíritu que ungió a Jesús es el mismo que puede hacer nuestra libertad semejante a la de Cristo, perfectamente conforme a la voluntad de Dios.²¹ Por tanto es indispensable que todos se hagan disponibles al Espíritu, empezando por los superiores, que reciben del Espíritu su autoridad²² y la deben ejercer bajo su guía, «dóciles a la voluntad de Dios».²³

Autoridad al servicio de la obediencia a la voluntad de Dios

12. En la vida consagrada, cada uno debe buscar con sinceridad la voluntad del Padre, porque, de otra forma, perdería sentido este género de vida. Pero es de gran importancia que esa búsqueda se haga en unión con los hermanos y hermanas; esto es justamente lo que une y hace familia unida a Cristo.

La autoridad está al servicio de esta búsqueda, para que se lleve a cabo en sinceridad y verdad. En la homilía de inicio de su ministerio petrino, Benedicto XVI hizo esta afirmación significativa: «Mi verdadero programa de gobierno es no hacer mi voluntad o seguir mis propias ideas, sino ponerme a la escucha, junto con toda la Iglesia, de la palabra y la voluntad del Señor y dejarme guiar por Él, de manera que sea Él quien guíe a la Iglesia en este momento de nuestra historia».²⁴ Por otro lado, hay que reconocer que la tarea de guiar a los demás no es fácil, sobre todo cuando el sentido de la autonomía personal es excesivo o conflictual y competitivo frente a los demás. Por eso es necesario, por parte de todos, agudizar la mirada de fe ante dicho cometido, que debe inspirarse en la actitud de Jesús siervo que lava los pies de sus apóstoles para que tengan parte en su vida y en su amor (cf. *Jn* 13, 1-17).

Es preciso una gran coherencia por parte de quienes guían los Institutos, las

provincias (u otras circunscripciones del Instituto) o las comunidades. La persona llamada a ejercer la autoridad debe saber que sólo podrá hacerlo si ella emprende aquella peregrinación que lleva a buscar con intensidad y rectitud la voluntad de Dios. Vale para ella el consejo que san Ignacio de Antioquía daba a un obispo: «Nada se haga sin tu conocimiento, ni tú tampoco hagas nada sin contar con Dios».²⁵ La autoridad debe obrar de forma que los hermanos o hermanas se den cuenta de que ella, cuando manda, lo hace sólo por obedecer a Dios.

La veneración por la voluntad de Dios mantiene a la autoridad en un estado de humilde búsqueda, para hacer que su obrar sea lo más conforme posible con la divina voluntad. San Agustín recuerda que el que obedece cumple siempre la voluntad de Dios, no porque la orden de la autoridad sea siempre conforme con la voluntad de Dios, sino porque es voluntad de Dios que se obedezca a quien preside.²⁶ Ahora bien, la autoridad, por su parte, ha de buscar asiduamente y con ayuda de la oración y la reflexión, junto con el consejo de otros, lo que Dios quiere de verdad. En caso contrario, el superior o la superiora, más que representar a Dios, se arriesga temerariamente a ponerse en lugar de Él.

En el intento de hacer la voluntad de Dios, autoridad y obediencia no son, pues, dos realidades distintas ni muchos menos contrapuestas. Son dos dimensiones de la misma realidad evangélica, del mismo misterio cristiano; dos modos complementarios de participar de la misma oblación de Cristo. Autoridad y obediencia están personificadas en Jesús. Por eso han de ser entendidas en relación directa con Él y en configuración real con Él. La vida consagrada intenta simplemente vivir *Su* Autoridad y *Su* Obediencia.

Algunas prioridades en el servicio de la autoridad

13. a) *En la vida consagrada la autoridad es ante todo autoridad espiritual.*²⁷ Es consciente de haber sido llamada a servir un ideal que la supera inmensamente, un ideal al que sólo es posible acercarse en un clima de oración y de búsqueda humilde que permita captar la acción del mismo Espíritu en el corazón de todos los hermanos o hermanas. Una autoridad es «espiritual» cuando se pone al servicio de lo que el Espíritu quiere realizar a través de los dones que distribuye a cada miembro de la fraternidad en el marco del proyecto carismático del Instituto.

Para poder promover la vida espiritual, la autoridad deberá cultivarla primero en sí misma a través de una familiaridad orante y cotidiana con la Palabra de Dios, con la Regla y las demás normas de vida, en actitud de disponibilidad para escuchar tanto a los otros como los signos de los tiempos. «*El servicio de autoridad exige una presencia constante, capaz de animar y de proponer, de recordar la razón de ser de la vida consagrada, de ayudar a las personas encomendadas a vosotros a corresponder con una fidelidad siempre renovada a la llamada del Espíritu.*»²⁸

b) *La autoridad está llamada a garantizar a su comunidad el tiempo y la calidad de la oración*, velando sobre la fidelidad cotidiana a la misma, consciente de que se avanza hacia Dios con el paso, sencillo y constante, de cada día y de cada miembro, y sabiendo que las personas consagradas pueden ser útiles a los demás en la medida en que están unidas a Dios. Está llamada también a vigilar para que, empezando por sí misma, no disminuya el contacto cotidiano con la Palabra que «tiene el poder de edificar» (*Hch* 20, 32) a cada una de las personas y comunidades y de indicar los senderos de la misión. Recordando el mandamiento del Señor «haced esto en

memoria mía» (Lc 22, 19), procurará que el santo misterio del Cuerpo y la Sangre de Cristo sea celebrado y venerado como «fuente» y «cumbre»²⁹ de la comunión con Dios y de los hermanos y hermanas entre sí. Celebrando y adorando el don de la Eucaristía en obediencia fiel al Señor, la comunidad religiosa obtiene inspiración y fuerza para su total entrega a Dios, para ser signo de su amor gratuito y referencia eficaz a los bienes futuros.³⁰

c) *La autoridad está llamada a promover la dignidad de la persona*, prestando atención a cada uno de los miembros de la comunidad y a su camino de crecimiento, haciendo a cada uno el don de la propia estima y la propia consideración positiva, nutriendo un sincero afecto para con todos, guardando con reserva las confianzas recibidas.

Es oportuno recordar que, antes de invocar la obediencia (necesaria), hay que practicar la caridad (indispensable). No sólo eso. Es bueno hacer un uso apropiado de la palabra *comunión*, que no puede ni debe ser entendida como una especie de delegación de la autoridad a la comunidad (con la invitación implícita a que cada quien «haga lo que quiera»), pero tampoco como una imposición más o menos velada del propio punto de vista (que todos «hagan lo que quiero yo»).

d) *La autoridad está llamada a infundir ánimos y esperanza en las dificultades*. Igual que Pablo y Bernabé animaban a sus discípulos enseñándoles que «es necesario atravesar muchas tribulaciones para entrar en el Reino de Dios» (Hch 14, 22), así la autoridad debe ayudar a encajar las dificultades de cada momento recordando que forman parte de los sufrimientos que con frecuencia jalonan el camino hacia el Reino.

Ante algunas situaciones difíciles de la vida consagrada, por ejemplo, allí donde su presencia parece debilitarse e incluso desaparecer, el que guía a la comunidad deberá recordar el valor perenne de este género de vida porque, tanto hoy como ayer y siempre, no hay nada más importante, bello y verdadero que dedicar la propia vida al Señor y a sus hijos más pequeños.

El guía de la comunidad es como el buen pastor que entrega su vida por las ovejas y en los momentos críticos no retrocede, sino que se hace presente, participa en las preocupaciones y dificultades de las personas confiadas a su cuidado, dejándose involucrar en primera persona. Y, lo mismo que el buen samaritano, está atento para curar las posibles heridas. En fin, reconoce humildemente sus propios límites y la necesidad que tiene de ayuda de los demás, no echando en saco roto los propios fracasos y derrotas.

e) *La autoridad está llamada a mantener vivo el carisma de la propia familia religiosa*. El ejercicio de la autoridad comporta también el ponerse al servicio del carisma propio del Instituto de pertenencia, custodiándolo con cuidado y actualizándolo en la comunidad local o en la provincia o en todo el Instituto, según los proyectos y orientaciones ofrecidos, en particular, por los Capítulos generales (o reuniones análogas).³¹ Esto exige en la autoridad un conocimiento adecuado del carisma del Instituto; un conocimiento que habrá asumido en la propia experiencia personal e interpretará después en función de la vida fraterna en común y de su inserción en el contexto eclesial y social.

f) *La autoridad está llamada a mantener vivo el «sentire cum ecclesia».* También es misión de la autoridad ayudar a mantener vivo el sentido de la fe y de la comunión eclesial en medio de un pueblo que reconoce y alaba las maravillas de Dios, dando testimonio del gozo de pertenecerle, en la gran familia de la Iglesia una, santa, católica y apostólica. El compromiso del seguimiento del Señor no puede ser una empresa de navegantes solitarios, sino que se lleva a cabo en la barca de Pedro, que resiste en la tormenta; a esta buena navegación la persona consagrada dará la contribución de una fidelidad laboriosa y gozosa.³² La autoridad, por tanto, debe recordar que «nuestra obediencia es creer con la Iglesia, pensar y hablar con la Iglesia, servir con ella. También en esta obediencia entra siempre lo que Jesús predijo a Pedro: «Te llevarán a donde tú no quieras» (Jn 21, 18). Este dejarse guiar a donde no queremos es una dimensión esencial de nuestro servir y eso es precisamente lo que nos hace libres».³³

El *sentire cum Ecclesia*, que resplandece en los fundadores y fundadoras, implica una auténtica espiritualidad de comunión, esto es «una relación efectiva y afectiva con los Pastores, ante todo con el Papa, centro de la unidad de la Iglesia».³⁴ A él toda persona consagrada debe plena y confiada obediencia, también en fuerza del mismo voto.³⁵ La comunión eclesial pide, además, una adhesión fiel al Magisterio del Papa y de los Obispos, como testimonio concreto de amor a la Iglesia y pasión por su unidad.³⁶

g) *La autoridad está llamada a acompañar en el camino de la formación permanente.* Una tarea que, hoy día, hay que considerar cada vez más importante es la de acompañar a lo largo del camino de la vida a las personas que les han sido confiadas. Ello implica no sólo ofrecerles ayuda para resolver eventuales problemas o superar posibles crisis, sino también estar atentos al crecimiento normal de cada uno en todas y cada una de las fases y estaciones de la existencia, de manera que quede garantizada esa «juventud de espíritu que permanece en el tiempo»,³⁷ y que hace a la persona consagrada cada vez más conforme con los «sentimientos que tuvo Cristo» (Flp 2, 5).

En consecuencia, será responsabilidad de la autoridad mantener alto en todos el nivel de disponibilidad ante la formación, la capacidad de aprender de la vida, la libertad — especialmente — de dejarse formar cada uno por el otro y sentirse cada cual responsable del camino de crecimiento del otro. Favorecerá para ello el uso de los instrumentos de crecimiento comunitario transmitidos por la tradición y cada vez más recomendados hoy día por quienes tienen experiencia segura en el campo de la formación espiritual: puesta en común de la Palabra, proyecto personal y comunitario, discernimiento comunitario, revisión de vida, corrección fraterna.³⁸

El servicio de la autoridad a la luz de las normas eclesiales

14. En los párrafos anteriores se ha descrito el servicio que presta la autoridad en la vida consagrada para la búsqueda de la voluntad del Padre y se han indicado algunas prioridades de dicho servicio.

A fin de que tales prioridades no se entiendan como puramente facultativas, conviene recordar los caracteres peculiares que reviste el ejercicio de la autoridad, según el Código de Derecho Canónico.³⁹ En tal modo, las normas de la Iglesia expresan sintéticamente los rasgos evangélicos de la potestad que ejercen los superiores religiosos a varios niveles.

a) *Obediencia del Superior*. Partiendo de la naturaleza característica que corresponde a la autoridad eclesial, el Código recuerda al superior religioso que está llamado, ante todo, a ser el primer obediente. En virtud del oficio asumido, debe obediencia a la ley de Dios, de quien procede su autoridad y a quien deberá rendir cuenta en conciencia, a la ley de la Iglesia, al Romano Pontífice y al derecho propio de su Instituto.

b) *Espíritu de servicio*. Después de haber confirmado el origen carismático y la mediación eclesial de la autoridad religiosa, se insiste en que la autoridad del superior religioso, como toda autoridad en la Iglesia, debe caracterizarse por el espíritu de servicio, a ejemplo de Cristo que «no ha venido a ser servido sino a servir» (Mc 10,45).

En particular se indican algunos aspectos del espíritu de servicio, cuya fiel observancia hará que los superiores, cumpliendo su propio encargo, sean reconocidos «dóciles a la voluntad de Dios».⁴⁰

Todo superior o superiora, hermano entre los hermanos o hermana entre las hermanas, está llamado a hacer sentir el amor con que Dios ama a sus hijos, evitando, por un lado, toda actitud de dominio y, por otro, toda forma de paternalismo o maternalismo.

Esto será posible por la *confianza puesta en la responsabilidad de los hermanos*, «suscitando su obediencia voluntaria en el respeto de la persona humana»,⁴¹ y a través del *diálogo*, teniendo presente que la adhesión debe realizarse «en espíritu de fe y de amor, para seguir a Cristo obediente»,⁴² y no por otras motivaciones.

c) *Solicitud pastoral*. El Código indica como fin primario de la potestad religiosa «edificar una comunidad fraterna en Cristo, en la cual, por encima de todo, se busque y se ame a Dios».⁴³ Por tanto, en la comunidad religiosa la autoridad es esencialmente pastoral en cuanto está por completo ordenada a la construcción de la vida fraterna en comunidad, según la identidad eclesial propia de la vida consagrada.⁴⁴

Los medios principales que el superior debe utilizar para conseguir tal finalidad primaria se deben necesariamente fundar en la fe; son, sobre todo, la escucha de la Palabra de Dios y la celebración de la Liturgia.

Finalmente, se definen algunos ámbitos de particular solicitud por parte de los superiores hacia los hermanos y las hermanas: «ayúdenles convenientemente en sus necesidades personales, cuiden con solicitud y visiten a los enfermos, corrijan a los revoltosos, consuelen a los pusilánimes y tengan paciencia con todos».⁴⁵

En misión con la libertad de los hijos de Dios

15. No es nada raro que la misión se dirija hoy a personas preocupadas por la propia autonomía, celosas de su libertad y temerosas de perder su independencia.

La persona consagrada, con su misma existencia, muestra la posibilidad de un camino distinto de realización de la propia vida; un camino donde Dios es la meta, su Palabra la luz y su voluntad la guía; un camino en que se avanza con serenidad, sabiéndose seguros de estar sostenidos por las manos de un Padre acogedor y

providente; donde uno está acompañado de hermanos y hermanas y empujado por el Espíritu, que quiere y puede saciar los deseos sembrados por el Padre en el corazón de cada uno.

Es ésta la primera misión de la persona consagrada: testimoniar la libertad de los hijos de Dios, una libertad modelada sobre la de Cristo, el hombre libre para servir a Dios y a los hermanos. Y, junto con ello, deberá decir con su propio ser que el Dios que ha plasmado a la criatura humana a partir del barro (cf. *Gn 2, 7.22*) y la ha tejido en el seno de su madre (cf. *Sal 138, 13*), puede también plasmar su vida modelándola sobre la de Cristo, hombre nuevo y perfectamente libre.

SEGUNDA PARTE

AUTORIDAD Y OBEDIENCIA □ EN LA VIDA FRATERNA

«Uno solo es vuestro maestro y todos vosotros sois hermanos» □ (Mt 23, 8)

El mandamiento nuevo

16. A todos aquellos que buscan a Dios les es dado, además del mandamiento «amarás al Señor tu Dios con todo el corazón, con toda el alma y con toda la mente», un segundo mandamiento «semejante al primero»: «amarás al prójimo como a ti mismo» (*Mt 22, 37-39*). Más aún, añade el Señor Jesús: «Amaos como yo os he amado», pues por la calidad de vuestro amor «reconocerán que sois mis discípulos» (*Jn 13, 34-35*). La construcción de comunidades fraternas constituye uno de los compromisos fundamentales de la vida consagrada; a ello están llamados a dedicarse los miembros de la comunidad, movidos por el mismo amor que el Señor ha derramado en sus corazones. Porque, en efecto, la vida fraterna en comunidad es un elemento constitutivo de la vida religiosa y signo elocuente de los efectos humanizadores de la presencia del Reino de Dios.

Si es verdad que no se dan comunidades significativas sin amor fraterno, también lo es que una visión correcta de la obediencia y la autoridad puede ofrecer una ayuda válida para vivir en la vida cotidiana el mandamiento del amor, especialmente cuando se trata de afrontar problemas concernientes a la relación entre persona y comunidad.

La autoridad al servicio de la comunidad, y ésta al servicio del Reino

17. «Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios» (*Rm 8, 14*): por consiguiente, somos hermanas y hermanos en la medida en que Dios es el Padre que con su Espíritu guía a la comunidad de hermanas y hermanos y los configura con su Hijo.

En este plan se inserta el papel de la autoridad. Los superiores y superioras, en unión con las personas que les han sido confiadas, están llamados a edificar en Cristo una comunidad fraterna en la cual se busque a Dios y se le ame sobre todas las cosas, realizando su proyecto redentor.⁴⁶ Por tanto, a imitación del Señor Jesús que lavó los pies de sus discípulos, la autoridad está al servicio de la comunidad para que, a su

vez, ésta se ponga al servicio del Reino (cf. *Jn* 13, 1-17). Ejercer la autoridad en medio de los hermanos significa servirles a ejemplo de Aquél que «ha dado su vida en rescate por muchos» (*Mc* 10, 45), para que también éstos den su vida.

Sólo si el superior, por su parte, vive en obediencia a Cristo y en sincera observancia de la Regla, pueden comprender los miembros de la comunidad que su obediencia a él no sólo no es contraria a la libertad de los hijos de Dios, sino que la hace madurar en conformidad con Cristo, obediente al Padre.⁴⁷

Dóciles al Espíritu que conduce a la unidad

18. Una misma llamada de Dios ha reunido a los miembros de una comunidad o Instituto (cf. *Col* 3, 15) y una única voluntad de buscar a Dios sigue guiándolos. «La vida de comunidad es, de modo particular, signo, ante la Iglesia y la sociedad, del vínculo que surge de la misma llamada y de la voluntad común de obedecerla, por encima de cualquier diversidad de raza y de origen, de lengua y cultura. Contra el espíritu de discordia y división, la autoridad y la obediencia brillan como un signo de la única paternidad que procede de Dios, de la fraternidad nacida del Espíritu, de la libertad interior de quien se fía de Dios a pesar de los límites humanos de los que lo representan».⁴⁸

El Espíritu hace a cada uno disponible para el Reino, aun en la diferencia de dones y funciones (cf. *1 Co* 12, 11). La obediencia a su acción unifica a la comunidad en el testimonio de su presencia, hace gozosos los pasos de todos (cf. *Sal* 36, 23) y se convierte en fundamento de la vida fraterna, en la cual todos obedecen aun teniendo obligaciones distintas. La búsqueda de la voluntad de Dios y la disponibilidad a cumplirla es el cemento espiritual que salva al grupo de la fragmentación que podría derivarse de las muchas subjetividades, cuando éstas están faltas de un principio de unidad.

Para una espiritualidad de comunión y una santidad comunitaria

19. En estos últimos años, una concepción antropológica renovada ha puesto mucho más de manifiesto la importancia de la dimensión relacional del ser humano. Esta concepción encuentra amplio respaldo en la imagen de la persona humana que emerge de las Escrituras, y, sin duda, ha ejercido un gran influjo en el modo de concebir la relación en el seno de las comunidades religiosas, a las que hace más atentas al valor de la apertura al otro, a la fecundidad de la relación con la diversidad y al enriquecimiento que de ello deriva para todos.

Dicha antropología relacional ha ejercido también un influjo cuando menos indirecto, como hemos recordado, sobre la *espiritualidad de comunión*, y ha contribuido a renovar el concepto de *misión* entendida como compromiso compartido con todos los miembros del pueblo de Dios, en un espíritu de colaboración y corresponsabilidad. La *espiritualidad de comunión* se presenta como el clima espiritual de la Iglesia a comienzos del tercer milenio y por tanto como tarea activa y ejemplar de la vida consagrada a todos los niveles. Es el camino real para un futuro de vida creyente y testimonio cristiano, que halla su referencia irrenunciable en el misterio eucarístico, cuya centralidad reconoce cada vez con mayor convencimiento. Precisamente porque «la Eucaristía es constitutiva del ser y del actuar de la Iglesia» y «se muestra así en las raíces de la Iglesia como misterio de

comuni3n». ⁴⁹

Santidad y misi3n pasan por la comunidad, ya que el Se1or resucitado se hace presente en ella y a trav3s de ella, ⁵⁰ haci3ndola santa y santificando las relaciones que en ella se dan. 3Acaso no ha prometido Jes3s estar presente donde dos o tres se re3nan en su nombre? (cf. *Mt* 18, 20). De esta forma, el hermano y la hermana se convierten en sacramento de Cristo y del encuentro con Dios, en posibilidad concreta de poder vivir el mandamiento del amor rec3proco. Y as3 el camino de la santidad se hace recorrido que toda la comunidad realiza junta; no s3lo camino del individuo, sino experiencia comunitaria cada vez m3s: en la acogida rec3proca; en la condici3n de dones, sobre todo el don del amor, el perd3n y la correcci3n fraterna; en la b3squeda com3n de la voluntad del Se1or, rico de gracia y misericordia; en la disponibilidad de cada uno a hacerse cargo del camino del otro.

En el clima cultural de hoy la santidad comunitaria es testimonio convincente, quiz3 m3s que la del individuo, porque manifiesta el valor perenne de la unidad, don que nos ha dejado el Se1or Jes3s. As3 aparece con particular evidencia en las comunidades internacionales e interculturales, que requieren altos niveles de acogida y di3logo.

Papel de la autoridad en el crecimiento de la fraternidad

20. El crecimiento de la fraternidad es fruto de una caridad «ordenada». Por eso, «es necesario que el derecho propio sea lo m3s exacto posible al establecer las varias competencias dentro de la comunidad, las de los diversos Consejos, los responsables sectoriales y el propio Superior. La poca claridad en este sector es fuente de confusi3n y de conflicto. E, igualmente, los «proyectos comunitarios», que pueden favorecer la participaci3n en la vida comunitaria y en la misi3n en los distintos contextos, deber3an preocuparse de definir bien el papel y las competencias de la autoridad, siempre respetando las Constituciones». ⁵¹

Dentro de este cuadro, la autoridad promueve el crecimiento de la vida fraterna a trav3s de: el servicio de la escucha y del di3logo; la creaci3n de un clima favorable a la condici3n y la corresponsabilidad; la participaci3n de todos en las cosas de todos; el servicio equilibrado a los individuos y a la comunidad; el discernimiento y la promoci3n, en fin, de la obediencia fraterna.

a) El servicio de la escucha

El ejercicio de la autoridad comporta escuchar de buena gana a las personas que el Se1or le ha confiado. ⁵² San Benito insiste sobre ello: «El abad convocar3 a toda la comunidad»; «sean todos convocados a consejo», «porque muchas veces el Se1or revela al m3s joven lo que es mejor». ⁵³

La escucha es uno de los ministerios principales del superior, para el que siempre deber3a estar disponible, sobre todo con quien se siente aislado y necesitado de atenci3n. Porque, en efecto, escuchar significa acoger al otro incondicionalmente, darle espacio en el propio coraz3n. Por eso la escucha transmite afecto y comprensi3n, da a entender que el otro es apreciado y que su presencia y su parecer son tenidos en consideraci3n.

El que preside debe recordar que quien no sabe escuchar al hermano o a la hermana tampoco sabe escuchar a Dios; que una escucha atenta permite coordinar mejor las energías y dones que el Espíritu ha dado a la comunidad, así como tener presente, a la hora de las decisiones, los límites y dificultades de algún miembro. El tiempo dedicado a la escucha no es nunca tiempo perdido; antes bien, la escucha puede prevenir crisis y momentos difíciles tanto en el plano individual como en el comunitario.

b) La creación de un clima favorable al diálogo, la participación y la corresponsabilidad

La autoridad deberá preocuparse de crear un ambiente de confianza, promoviendo el reconocimiento de las capacidades y sensibilidades de cada uno. Y fomentará, además, de palabra y obra, la convicción de que la fraternidad exige participación y por tanto información.

Junto con la escucha, propiciará el diálogo sincero y libre para compartir sentimientos, perspectivas y proyectos; en este clima, cada uno podrá ver reconocida su identidad y mejorar las propias capacidades relacionales. Y no temerá aceptar y asumir los problemas que fácilmente aparecen cuando se busca juntos, se decide juntos, se trabaja juntos, se emprende juntos las mejores rutas para llevar a efecto una fecunda colaboración; antes, al contrario, indagará las causas de los posibles malestares e incomprendimientos, sabiendo proponer remedios, compartidos lo más posible. En fin, se comprometerá a hacer superar cualquier forma de infantilismo y a desalentar todo intento de evitar responsabilidades o eludir compromisos gravosos, así como de cerrarse en el propio mundo y en los propios intereses o de trabajar en solitario.

c) Inculcar la contribución de todos en los asuntos comunes

El que preside es el responsable de la decisión final,⁵⁴ pero debe llegar a ella no él solo o ella sola, sino valorando lo más posible la aportación libre de todos los hermanos y hermanas. La comunidad es como la hacen sus miembros; por tanto será fundamental estimular y motivar la contribución de todas las personas para que todas sientan el deber de dar su propia aportación de caridad, competencia y creatividad. Y así todos los recursos humanos deben ser potenciados y hechos converger en el proyecto comunitario, motivándolos y respetándolos.

No basta poner en común los bienes materiales; más significativa es la comunión de bienes y de capacidades personales, de dotes y talentos, de intuiciones e inspiraciones y — lo que es todavía más fundamental y más de promover — la condición de bienes espirituales, de la escucha de la Palabra de Dios, de la fe: «El vínculo de fraternidad es tanto más fuerte cuanto más central y vital es lo que se pone en común».⁵⁵

No todos, probablemente, estarán de entrada bien dispuestos para este tipo de condición: ante posibles resistencias, lejos de renunciar al proyecto, la autoridad buscará equilibrar sabiamente la invitación a la comunión dinámica y emprendedora con el arte de la paciencia, sin aspirar a ver frutos inmediatos de los propios esfuerzos. Y reconocerá que Dios es el único Señor que puede tocar y cambiar el corazón de las personas.

d) *Al servicio del individuo y de la comunidad*

Al encomendar las distintas tareas, la autoridad deberá tener en cuenta la personalidad de cada hermano o hermana, sus dificultades y predisposiciones, para permitir a cada uno, respetando siempre la libertad de todos, sacar partido a los propios dones; al mismo tiempo, deberá considerar necesariamente el bien de la comunidad y el servicio a la obra que ésta tiene confiada.

No siempre será fácil compaginar todas estas finalidades. Entonces será indispensable el equilibrio de la autoridad; equilibrio que se manifiesta tanto en la capacidad de captar lo positivo de cada uno y utilizar lo mejor posible las fuerzas disponibles, como en la rectitud de intención que la haga interiormente libre. No aparezca demasiado preocupada de agradar y complacer, sino muestre claramente el verdadero significado de la misión para la persona consagrada, significado que no puede limitarse a valorar sólo las dotes de cada uno.

Ahora bien, será igualmente indispensable que la persona consagrada acepte con espíritu de fe, como recibida de las manos del Padre, la tarea encomendada, incluso cuando no es conforme a sus deseos y expectativas o a su modo de entender la voluntad de Dios. Pueden expresar las propias dificultades (incluso manifestándolas con franqueza como una contribución a la verdad), mas obedecer en estos casos significa someterse a la decisión final de la autoridad, con el convencimiento de que tal obediencia es una aportación preciosa, aunque costosa, a la edificación del Reino.

e) *El discernimiento comunitario*

«En la fraternidad animada por el Espíritu, cada uno entabla con el otro un diálogo preciso para descubrir la voluntad del Padre, y todos reconocen en quien preside la expresión de la paternidad de Dios y el ejercicio de la autoridad recibida de Él, al servicio del discernimiento y de la comunión».⁵⁶

Algunas veces, cuando el derecho propio lo prevé o cuando lo requiere la importancia de la decisión a tomar, se confía la búsqueda de una respuesta adecuada al discernimiento comunitario, en el cual se trata de escuchar lo que el Espíritu dice a la comunidad (cf. *Ap 2, 7*).

Si este discernimiento se reserva para las decisiones más importantes, el espíritu del discernimiento debería caracterizar todo proceso de toma de decisiones que tenga que ver con la comunidad. En ese caso, antes de tomar la decisión correspondiente, nunca debería faltar un tiempo de oración y de reflexión personal, así como una serie de actitudes importantes para elegir juntos lo que sea justo y agradable a Dios. He aquí algunas de ellas:

– la determinación de no buscar más que la voluntad divina, dejándose inspirar por el modo de obrar de Dios manifestado en las Sagradas Escrituras y en la historia del Instituto, siendo bien conscientes además de que con frecuencia la lógica evangélica «trastorna» la lógica humana, que busca el éxito, la eficiencia, el reconocimiento;

– la disponibilidad a reconocer en cada hermano o hermana la capacidad de conocer la verdad, aunque sea parcialmente, y por lo mismo aceptar su parecer como mediación para descubrir juntos la voluntad de Dios, llegando incluso a valorar las

ideas de otros como mejores que las propias;

– la atención a los signos de los tiempos, a las expectativas de la gente, a las exigencias de los pobres, a las urgencias de la evangelización, a las prioridades de la Iglesia universal y de la particular, a las indicaciones de los Capítulos y de los superiores mayores;

– el estar libres de prejuicios, de apegos excesivos a las propias ideas, de esquemas de percepción rígidos o distorsionados, de alineamientos que exasperan la diversidad de puntos de vista;

– la valentía para dar razón de las propias ideas y posiciones, pero al mismo tiempo abrirse a nuevas perspectivas y modificar el propio punto de vista;

– el firme propósito de mantener siempre la unidad, sea cual sea la decisión final.

El discernimiento comunitario no sustituye la naturaleza y el papel de la autoridad, a la cual está reservada la decisión final; ahora bien, la autoridad no puede ignorar que la comunidad es el lugar privilegiado para reconocer y acoger la voluntad de Dios. En cualquier caso, el discernimiento es uno de los momentos más significativos de la fraternidad consagrada; en él resalta con particular claridad la centralidad de Dios en cuanto fin último de la búsqueda de todos, así como la responsabilidad y aportación de cada uno en el camino de todos hacia la verdad.

f) *Discernimiento, autoridad y obediencia*

La autoridad deberá ser paciente en el delicado proceso del discernimiento, que intentará garantizar en sus fases y sostener en los momentos críticos; y será firme a la hora de pedir la puesta en práctica de cuanto se decidió. Estará atenta para no abdicar de las propias responsabilidades, con la excusa quizá de preservar la tranquilidad o por miedo a herir la susceptibilidad de alguien. Sentirá la responsabilidad de no inhibirse ante situaciones en las que hay que tomar decisiones claras y, tal vez, desagradables.⁵⁷ Es justamente el amor verdadero a la comunidad lo que le permite a la autoridad armonizar firmeza y paciencia, escucha de todos y coraje para decidir, superando la tentación de ser sorda y muda.

Hay que notar, finalmente, que una comunidad no puede estar en continuo estado de discernimiento. Tras la etapa de discernimiento viene la de la obediencia, o sea, la de poner en ejecución lo decidido: en una y en otra hay que vivir con espíritu obediente.

g) *La obediencia fraterna*

Al final de su Regla, afirma san Benito: «El bien de la obediencia no sólo han de prestarlo todos a la persona del abad, porque también han de obedecerse los hermanos unos a otros, seguros de que por este camino de la obediencia llegarán a Dios».⁵⁸ «Se anticiparán unos a otros en las señales de honor». «Se tolerarán con suma paciencia sus debilidades, tanto físicas como morales. Se emularán en obedecerse unos a otros. Nadie buscará lo que juzgue útil para sí, sino, más bien, para los otros».⁵⁹

Y san Basilio Magno se pregunta: «¿En qué modo es necesario obedecerse los unos a

los otros?» Y responde: «Como los siervos a los amos, según nos ordenó el Señor: Quien quiera ser grande entre vosotros, sea el último de todos y el siervo de todos (cf. *Mc* 10, 44); después añade estas palabras aún más impresionantes: «*Como el Hijo del hombre no ha venido para ser servido, sino para servir*» (*Mc* 10, 45); y de acuerdo con cuanto dice el Apóstol: «*Por el amor del Espíritu, sed siervos los unos de los otros*» (*Gal* 5, 13)». ⁶⁰

La verdadera fraternidad se fundamenta en el reconocimiento de la dignidad del hermano o la hermana, y se lleva a cabo en la atención al otro y a sus necesidades, así como en la capacidad de alegrarse por sus dones y logros, en el poner a su disposición el propio tiempo para escuchar y dejarse iluminar. Pero todo esto exige ser interiormente libres.

Ciertamente no es libre el que está convencido de que sus ideas y soluciones son siempre las mejores; el que cree poder decidir solo, sin falta de mediaciones que le muestren la voluntad divina; el que siempre tiene la razón y no duda de que son los otros quienes deben cambiar; el que solamente piensa en sus cosas y no se interesa por las necesidades de los demás; el que piensa que la obediencia es cosa de otros tiempos y algo impresentable en nuestro mundo desarrollado.

Y, al contrario, es libre la persona que de forma continua vive en tensión para captar, en las situaciones de la vida y sobre todo en la gente que vive a su alrededor, una mediación de la voluntad del Señor, por misteriosa que sea. Para esto «nos ha liberado Cristo, para que seamos libres» (*Ga* 5, 1). Nos ha liberado para que podamos encontrar a Dios por los innumerables senderos de la existencia de cada día.

«El primero entre vosotros se hará vuestro esclavo» (Mt 20, 27)

21. Por más que, hoy, asumir las responsabilidades propias de la autoridad pueda parecer una carga particularmente gravosa, que requiere la humildad de hacerse siervo o sierva de los otros, sin embargo siempre será bueno recordar las graves palabras que el Señor Jesús dirige a quienes están tentados de revestir su autoridad de prestigio mundano: «el que entre vosotros quiera ser el primero, que sea vuestro esclavo, igual que el Hijo del hombre, que no ha venido para ser servido, sino para servir y dar su vida en rescate por muchos» (*Mt* 20, 27-28).

El que en el propio oficio busca un medio para hacerse notar o afirmarse, para hacerse servir o esclavizar, se pone abiertamente fuera del modelo evangélico de autoridad. En este contexto merecen atención las palabras que san Bernardo dirigía a un discípulo suyo elegido sucesor de Pedro: «Mira si has progresado en virtud, sabiduría, conocimiento y en moderación de costumbres (...) más insolente o más humilde; más afable o más áspero; más asequible o más inexorable (...) más temeroso de Dios o más confiado de lo conveniente». ⁶¹

La obediencia no es fácil ni siquiera en las mejores condiciones; pero se hace más llevadera cuando la persona consagrada ve que la autoridad se pone al servicio humilde y diligente de la fraternidad y la misión: una autoridad que, aun con todos los límites humanos, intenta con su acción representar las actitudes y sentimientos del Buen Pastor.

«Ruego también a la que tenga el cargo de las hermanas — son palabras de santa Clara de Asís en su testamento — que se esmere por presidir a las demás con las virtudes y santas costumbres, antes que por el oficio; a fin de que, movidas las hermanas con su ejemplo, le obedezcan no tanto por deber cuanto por amor».⁶²

La vida fraterna como misión

22. Las personas consagradas, bajo la guía de la autoridad, están llamadas a plantearse con frecuencia el mandamiento nuevo, el mandamiento que renueva todas las cosas: «Amaos como yo os he amado» (Jn 15, 12).

Amarse como el Señor ha amado significa ir más allá del mérito personal de los hermanos y hermanas; significa obedecer no a los propios deseos sino a Dios, que habla a través del modo de ser y las necesidades de los hermanos y hermanas. Es preciso recordar que el tiempo dedicado a mejorar la calidad de la vida fraterna no es tiempo perdido, porque, como ha subrayado repetidamente el recordado papa Juan Pablo II, «toda la fecundidad de la vida religiosa depende de la calidad de vida fraterna».⁶³

El esfuerzo por formar comunidades fraternas no es sólo preparación para la misión, sino parte integrante de ella, desde el momento que «la comunión fraterna en cuanto tal es ya apostolado».⁶⁴ Estar en misión como comunidades que construyen a diario la fraternidad, en la continua búsqueda de la voluntad de Dios, equivale a afirmar que en el seguimiento al Señor Jesús es posible realizar la convivencia humana de un modo nuevo y humanizador.

TERCERA PARTE

EN MISIÓN

«Como el Padre me ha enviado a mí, también yo os envío a vosotros» □ (Jn 20, 21)

En misión con todo el propio ser, como Jesús, el Señor

23. Con su misma forma de vida, el Señor Jesús nos hace comprender que *misión* y *obediencia* se implican mutuamente. En los evangelios Jesús se presenta siempre como «el enviado del Padre para hacer su voluntad» (cf. Jn 5, 36-38; 6, 38-40; 7, 16-18); Él hace siempre lo que le agrada al Padre. Puede decirse que toda la vida de Jesús es misión del Padre. Él es la misión del Padre.

Lo mismo que el Verbo ha venido en misión al encarnarse en una humanidad que se ha dejado asumir totalmente, así también nosotros colaboramos en la misión de Cristo y le permitimos llevarla a pleno cumplimiento sobre todo acogiéndolo a Él, haciéndonos espacio de su presencia y, por ello, continuación de su vida en la historia, para dar así a los demás la posibilidad de encontrarlo.

Considerando que Cristo, en su vida y su obra, ha sido el *amén* (cf. Ap 3, 14), el *sí* (cf. 2 Co 1, 20) perfecto dicho al Padre, y que decir *sí* no significa otra cosa que obedecer, es imposible pensar en la misión si no es en relación con la obediencia.

Vivir la misión implica siempre ser mandados, y esto supone la referencia tanto al que envía como al contenido de la misión a realizar. Por esto, sin referencia a la obediencia el mismo término de *misión* se hace difícilmente comprensible y corre el peligro de reducirse a algo relativo sólo a uno mismo. Siempre existe el peligro de reducir la *misión* a una profesión que se ejerce con vistas a la propia realización y que, por consiguiente, uno desempeña por cuenta propia.

En misión para servir

24. San Ignacio de Loyola escribe en sus Ejercicios que el Señor llama a todos y dice: «quien quisiere venir conmigo ha de trabajar conmigo, porque, siguiéndome en la pena también me siga en la gloria». ⁶⁵ Hoy, igual que ayer, la misión encuentra grandes dificultades, que sólo pueden afrontarse con la gracia que viene del Señor, siendo conscientes, con humildad y fortaleza, de haber sido enviados por Él y contar por eso mismo con su ayuda.

Gracias a la obediencia se tiene la certeza de servir al Señor, de ser «siervos y siervas del Señor» en el obrar y en el sufrir. Esta certeza es fuente de compromiso incondicional, de fidelidad tenaz, de serenidad interior, de servicio desinteresado, de entrega de las mejores energías. «Quien obedece tiene la garantía de estar en misión, siguiendo al Señor y no buscando los propios deseos y expectativas. Así es posible sentirse guiados por el Espíritu del Señor y sostenidos, incluso en medio de grandes dificultades, por su mano segura (cf. *Hch* 20, 22)». ⁶⁶

Se está en misión cuando, lejos de perseguir la autoafirmación, ante todo se deja uno conducir por el deseo de realizar la adorable voluntad de Dios. Este deseo es el alma de la oración («Venga a nosotros tu Reino, hágase tu voluntad») y la fuerza del apóstol. La misión exige comprometer todas las cualidades y talentos humanos, los cuales concurren a la salvación cuando están inmersos en el río de la voluntad de Dios, que arrastra las cosas pasajeras hasta el océano de las realidades eternas, donde Dios, felicidad sin límites, será todo en todos (cf. *1 Co* 15, 28).

Autoridad y misión

25. Todo eso implica reconocer a la autoridad un papel importante en relación con la misión, dentro de la fidelidad al propio carisma; una función nada simple ni exenta de dificultades y equívocos. En el pasado el riesgo venía de una autoridad prevalentemente orientada a la gestión de las obras, con peligro de descuidar a las personas; hoy, en cambio, el riesgo puede venir del excesivo temor, por parte de la autoridad, de herir susceptibilidades personales, o de una fragmentación de competencias y responsabilidades que debiliten la convergencia hacia el objetivo común y desvanezcan la intervención de la autoridad.

Ahora bien, la autoridad no es responsable tan sólo de la animación de la comunidad; tiene también la función de coordinar las varias competencias relativas a la misión, respetando siempre los roles y de acuerdo con las normas internas del Instituto. Si, ciertamente, la autoridad no puede (ni debe) hacer todo, sí es la responsable última del conjunto. ⁶⁷

Actualmente son múltiples los retos que la autoridad afronta en su papel de coordinar energías con vistas a la misión. También aquí elencamos algunas tareas que

consideramos importantes en el servicio del superior:

a) *Anima a asumir responsabilidades y las respeta una vez asumidas*

Las responsabilidades pueden suscitar en algunos un sentido de temor. Por consiguiente, es necesario que la autoridad transmita a sus colaboradores la fortaleza cristiana y el ánimo para afrontar las dificultades, superando el miedo y la tendencia a inhibirse.

Se apresurará a compartir no sólo las informaciones, sino también las responsabilidades, comprometiéndose a respetar a cada uno dentro de su justa autonomía. Lo cual lleva consigo, por parte de la autoridad, un paciente trabajo de coordinación y, por parte de los demás consagrados, estar sinceramente dispuestos a colaborar.

La autoridad debe «estar» cuando hace falta, para favorecer en los miembros de la comunidad el sentido de interdependencia, lejos tanto de la dependencia infantil cuanto de la independencia autosuficiente. Esta interdependencia es fruto de aquella libertad interior que permite a todos trabajar y colaborar, sustituir y ser sustituido, ser protagonista y ofrecer la propia aportación incluso manteniéndose en un segundo plano.

Quien ejerce el servicio de la autoridad se guardará de ceder a la tentación de la autosuficiencia personal, o sea de creer que todo depende de él o de ella, y que no es tan importante o útil favorecer la participación coral comunitaria; porque es mejor dar un paso juntos que dos (o incluso más) solos.

b) *Invita a afrontar las diversidades en espíritu de comunión*

Los rápidos cambios culturales en curso no sólo provocan transformaciones estructurales que repercuten sobre las actividades y sobre la misión; también pueden dar lugar a tensiones en el seno de las comunidades, en las que distintos tipos de formación cultural o espiritual llevan a lecturas diversas de los signos de los tiempos y, en consecuencia, desembocan en proyectos diferentes que no siempre son conciliables. Estas situaciones pueden ser más frecuentes hoy que en el pasado, dado que aumenta el número de comunidades constituidas por personas provenientes de etnias o culturas diversas y, por otra parte, se acentúan las diferencias generacionales. La autoridad está llamada a servir con espíritu de comunión también a estas comunidades integradas por componentes tan variados, ayudándolas a ofrecer, en un mundo marcado por múltiples divisiones, el testimonio de que es posible vivir juntos y amarse aun siendo distintos. Según esto, deberá tener bien claros algunos principios teórico-prácticos:

– recordar que, según el espíritu del evangelio, la diversidad en las ideas no debe convertirse nunca en conflicto de personas;

– insistir en que la pluralidad de perspectivas ayuda a profundizar los asuntos;

– favorecer la comunicación, de forma que el libre intercambio de ideas aclare las posiciones y haga emerger la contribución positiva de cada uno;

– ayudar a liberarse del egocentrismo y del etnocentrismo, que tienden a achacar a los demás las causas de los males, para llegar a la mutua comprensión;

– hacerse conscientes de que lo ideal no es tener una comunidad sin conflictos, sino una comunidad que acepta afrontar las propias tensiones, con el objeto de resolverlas, buscando soluciones que no ignoren ninguno de los valores que sirven de referencia.

c) *Mantiene el equilibrio entre las varias dimensiones de la vida consagrada*

Porque, efectivamente, puede haber tensiones entre ellas, y la autoridad debe velar para que quede a salvo la unidad de vida y se respete lo más posible el equilibrio entre el tiempo dedicado a la oración y el dedicado al trabajo, entre individuo y comunidad, entre actividad y descanso, entre atención a la vida común y atención al mundo y a la Iglesia, entre formación personal y formación comunitaria.⁶⁸

Uno de los equilibrios más delicados es el que debe haber entre comunidad y misión, entre vida *ad intra* y vida *ad extra*.⁶⁹ Dado que normalmente la urgencia de los quehaceres puede llevar a descuidar las cosas relativas a la comunidad, y que cada vez con mayor frecuencia hoy somos llamados a tareas de tipo individual, es oportuno que se respeten algunas normas obligadas que garanticen al mismo tiempo un espíritu de fraternidad en la comunidad apostólica y una sensibilidad apostólica en la vida fraterna.

Es importante que la autoridad sea garante de estas normas y recuerde a todos y cada uno que, cuando una persona de la comunidad está en misión o cumple cualquier servicio apostólico, aunque lo haga solo, actúa siempre *en nombre del Instituto o de la comunidad*; más aún, *obra gracias a la comunidad*. De hecho, con frecuencia, si esta persona puede desempeñar esa actividad es porque alguien de la comunidad le ha dedicado su tiempo, o le ha dado un consejo, o le ha transmitido un cierto espíritu; con frecuencia, otros permanecen en la comunidad y posiblemente lo sustituyen en determinadas tareas de casa, o piden por ella, o la sostienen con su propia fidelidad.

Por consiguiente, es preciso no sólo que el apóstol esté *profundamente agradecido*, sino que permanezca *estrechamente unido a su comunidad* en todo lo que hace; que no se lo apropie, y que se esfuerce a toda costa en caminar juntos, esperando, si fuera necesario, a quienes avanzan más lentamente, valorando la aportación de cada uno, compartiendo lo más posible gozos y fatigas, intuiciones e incertidumbres, de manera que todos sientan como propio el apostolado de los demás, sin envidias ni celotipias. Está seguro el apóstol de que, por más que él dé a la comunidad, nunca igualará lo que de ella ha recibido o está recibiendo.

d) *Tiene un corazón misericordioso*

San Francisco de Asís, en una carta conmovedora a un ministro/ superior, daba las siguientes instrucciones sobre posibles debilidades personales de sus frailes: «Y en esto quiero conocer que amas al Señor y me amas a mí, siervo suyo y tuyo, si procedes así: que no haya en el mundo hermano que, por mucho que hubiere pecado, se aleje jamás de ti después de haber contemplado tus ojos sin haber obtenido tu misericordia, si es que la busca. Y, si no busca misericordia, pregúntale tú si la quiere. Y, si mil veces volviere a pecar ante tus propios ojos, ámale más que a mí,

para atraerlo al Señor; y compadécete siempre de los tales». ⁷⁰

La autoridad está llamada a desarrollar una pedagogía del perdón y la misericordia, a ser instrumento del amor de Dios que acoge, corrige y da siempre una nueva oportunidad al hermano o la hermana que yerran y caen en pecado. Deberá recordar sobre todo que, sin la esperanza del perdón, la persona a duras penas podrá reanudar su camino e inevitablemente tenderá a sumar un mal al otro y una caída tras otra. Sin embargo, cuando se asume la perspectiva de la misericordia vemos que Dios es capaz de trazar un camino de bien incluso a partir de las situaciones de pecado. ⁷¹ Aplíquese, pues, la autoridad para que toda la comunidad asimile este estilo misericordioso.

e) *Tiene el sentido de la justicia*

La invitación de san Francisco de Asís a perdonar al hermano que peca, puede ser considerada una preciosa regla general. Pero hay que reconocer que, entre los miembros de algunas fraternidades de consagrados, pueden existir comportamientos que lesionan gravemente al prójimo y que implican una responsabilidad para con personas ajenas a la comunidad, por una parte, y también para con la institución misma a que pertenecen. Si hace falta comprensión con las culpas de los individuos, también es necesario tener un sentido riguroso de la responsabilidad y la caridad con aquellos que han podido ser perjudicados por el comportamiento incorrecto de algún consagrado.

Aquél o aquélla que se equivoca, sepa que debe responder personalmente de las consecuencias de sus actos. La comprensión con el hermano no puede excluir la justicia, sobre todo si se trata de personas indefensas y víctimas de abusos. Reconocer el propio mal y asumir su responsabilidad y sus consecuencias, es ya parte de un camino de misericordia. Cuando Israel se aleja del Señor, aceptar las consecuencias del mal, como en la experiencia del exilio, es el punto de partida para el camino de conversión y el modo de descubrir más profundamente la propia relación con Dios.

f) *Promueve la colaboración con los laicos*

La creciente colaboración con los laicos en las obras y actividades dirigidas por personas consagradas, presenta tanto a la comunidad como a la autoridad nuevos interrogantes que exigen respuestas nuevas. «No es raro que la participación de los laicos lleve a descubrir inesperadas y fecundas implicaciones de algunos aspectos del carisma», dado que los laicos son invitados a ofrecer «a las familias religiosas la rica aportación de su secularidad y de su servicio específico». ⁷²

Se recordó en su momento que, para alcanzar el objetivo de la mutua colaboración entre religiosos y laicos, «es necesario tener: comunidades religiosas con una clara identidad carismática, asimilada y vivida, es decir, capaces de transmitirla también a los demás con disponibilidad para el compartir; comunidades religiosas con una intensa espiritualidad y un gran entusiasmo misionero para comunicar el mismo espíritu y el mismo empuje evangelizador; comunidades religiosas que sepan animar y estimular a los seculares a compartir el carisma del propio instituto, según su índole secular y su diverso estilo de vida, invitándolos a descubrir nuevas formas de actualizar el mismo carisma y misión. Así la comunidad religiosa puede convertirse

en un centro de irradiación, de fuerza espiritual, de animación, de fraternidad que crea fraternidad y de comunión y colaboración eclesial donde las diversas aportaciones contribuyen a construir el Cuerpo de Cristo que es la Iglesia». ⁷³

Además, es necesario que esté bien definido el mapa de competencias y responsabilidades lo mismo de laicos que de religiosos, como también el de los organismos intermedios (Consejos de administración, de la obra y semejantes). En todo esto, el que preside la comunidad de los consagrados tiene un papel insustituible.

Las obediencias difíciles

26. En el desarrollo concreto de la misión, la obediencia puede resultar en ocasiones particularmente difícil, desde el momento que las perspectivas y modalidades de la acción apostólica o diaconal pueden ser percibidas y pensadas de maneras diferentes. En esas ocasiones, cuando la obediencia se hace difícil, e incluso «absurda» en apariencia, puede surgir la tentación de la desconfianza y hasta del abandono: ¿vale la pena continuar? ¿No puedo hacer realidad mejor mis ideas en otro contexto? ¿Para qué desgastarse en contrastes estériles?

Ya san Benito se planteaba la cuestión de una obediencia «muy gravosa o incluso imposible de cumplirse»; y san Francisco de Asís consideraba el caso en que «el súbdito ve cosas mejores y más útiles a su alma que las que le ordena el prelado [el superior]». El Padre del monacato responde pidiendo un diálogo libre, abierto, humilde y confiado entre monje y abad; aunque, al final, si se le pide, el monje «obedezca por caridad, confiando en el auxilio de Dios». ⁷⁴ El Santo de Asís, por su parte, invita a llevar a cabo una «obediencia caritativa», en la que el fraile sacrifica voluntariamente sus puntos de vista y cumple la orden dada, porque de esta forma «cumple con Dios y con el prójimo». ⁷⁵ Y ve una «obediencia perfecta» cuando, no pudiendo obedecer porque se le manda «algo que está contra su alma», el religioso no rompe la unidad con el superior y la comunidad, dispuesto incluso a soportar persecuciones a causa de ello. De hecho — observa san Francisco — «quien prefiere padecer la persecución antes que separarse de sus hermanos, se mantiene verdaderamente en la obediencia perfecta, ya que entrega su alma por sus hermanos». ⁷⁶ Así nos recuerda que el amor y la comunión representan valores supremos, a los cuales incluso la autoridad y la obediencia están subordinados.

Hay que reconocer, por una parte, que es comprensible un cierto apego a ideas y convicciones personales que son fruto de la reflexión o de la experiencia y han ido madurando en el tiempo; y que es cosa buena tratar de defenderlas y sacarlas adelante, siempre en la perspectiva del Reino, en un diálogo abierto y constructivo. Pero no hay que olvidar, por otro lado, que el modelo es siempre Jesús de Nazaret, que en la Pasión pidió a Dios cumplir su voluntad de Padre, sin retroceder ante la muerte en cruz (cf. *Hb* 5, 7-9).

La persona consagrada, cuando se le pide que renuncie a las propias ideas y proyectos, puede experimentar desconcierto y sensación de rechazo de la autoridad, o advertir en su interior «fuertes gritos y lágrimas» (*Hb* 5, 7) y la súplica de que pase ese amargo cáliz. Pero ése es el momento justo para confiarse al Padre a fin de que se cumpla su voluntad y poder así participar activamente, con todo el ser, en la misión de Cristo «para la vida del mundo» (*Jn* 6, 51).

Al pronunciar estos difíciles «sí», puede comprenderse a fondo el sentido de la obediencia como supremo acto de libertad, expresado en un total y confiado abandono de sí a Cristo, Hijo que libremente obedece al Padre. Igualmente se podrá entender el sentido de la misión como oferta obediente de sí mismo, que atrae la bendición del Altísimo: «Yo te bendeciré con todo tipo de bendiciones... (Y) serán benditas todas las naciones de la tierra, por haberme obedecido tú» (*Gn* 22, 17.18). En esta bendición, la persona consagrada obediente sabe que recuperará todo lo que ha dejado con el sacrificio de su desprendimiento; en esta bendición se esconde también la plena realización de su misma humanidad (cf. *Jn* 12, 25).

Obediencia y objeción de conciencia

27. Aquí puede surgir un interrogante: ¿puede haber situaciones en que la conciencia personal parezca que no permite seguir las indicaciones dadas por la autoridad? O, de otra forma, ¿puede ocurrir que el consagrado se vea obligado a declarar, respecto de las normas o los propios superiores: «Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres» (*Hch* 5, 29)? Sería el caso de la llamada *objeción de conciencia*, de la que habló Pablo VI,⁷⁷ y que debe entenderse en su significado auténtico.

Si es verdad que la conciencia es el ámbito en que resuena la voz de Dios que nos indica cómo comportarnos, no lo es menos que hace falta aprender a escuchar esa voz con gran atención, para saber reconocerla y distinguirla de otras voces. En efecto, no hay que confundir esa voz con otras que brotan de un subjetivismo que ignora o descuida las fuentes y criterios irrenunciables y vinculantes en la formación del juicio de conciencia: «el «corazón» convertido al Señor y al amor del bien es la fuente de los juicios «verdaderos» de la conciencia»,⁷⁸ y «la libertad de la conciencia no es nunca libertad «con respecto a» la verdad, sino siempre y sólo «en» la verdad».⁷⁹

En consecuencia, la persona consagrada deberá reflexionar con calma antes de concluir que la voluntad de Dios la expresa, más que el mandato recibido, lo que ella siente en su interior. Y tendrá que recordar que la ley de la mediación rige en todos los casos, absteniéndose de tomar decisiones graves sin contraste ni comprobación alguna. No se discute, ciertamente, que lo importante es llegar a conocer y cumplir la voluntad de Dios; pero debería ser igual de indiscutible que la persona consagrada se ha comprometido con voto a captar esta santa voluntad a través de determinadas mediaciones. Afirmar que lo que cuenta es la voluntad de Dios y no las mediaciones, y rechazar éstas o aceptarlas sólo a conveniencia, puede quitar significado al voto y vaciar la propia vida de una de sus características esenciales.

Por consiguiente, «hecha excepción de una orden que fuese manifiestamente contraria a las leyes de Dios o a las constituciones del Instituto, o que implicase un mal grave y cierto — en cuyo caso la obligación de obedecer no existe —, las decisiones del superior se refieren a un campo donde la valoración del bien mejor puede variar según los puntos de vista. Querer concluir, por el hecho de que una orden dada aparezca objetivamente menos buena, que es ilegítima y contraria a la conciencia, significaría desconocer, de manera poco real, la oscuridad y la ambigüedad de no pocas realidades humanas. Además, el rehusar la obediencia lleva consigo un daño, a veces grave, para el bien común. Un religioso no debería admitir fácilmente que haya contradicción entre el juicio de su conciencia y el de su superior. Esta situación excepcional comportará alguna vez un auténtico sufrimiento interior, según el ejemplo de Cristo mismo «que aprendió mediante el sufrimiento lo que

significa la obediencia» (Hb 5, 8)». ⁸⁰

La difícil autoridad

28. También la autoridad puede caer en el desánimo y el desencanto: ante las resistencias de algunas personas o de una comunidad, o frente a ciertas cuestiones que parecen irresolubles, puede surgir la tentación de dejar pasar y considerar inútil cualquier esfuerzo por mejorar la situación. Asoma, entonces, el peligro de convertirse en gestores de la rutina, resignados a la mediocridad, inhibidos para toda intervención, sin ánimo para señalar las metas de la auténtica vida consagrada y con el riesgo de que se apague el amor de los comienzos y el deseo de testimoniario.

Cuando el ejercicio de la autoridad se hace gravoso y difícil, conviene recordar que el Señor Jesús considera ese oficio como un acto de amor para con Él («Simón de Juan, ¿me amas?»: Jn 21, 16); y es saludable volver a escuchar las palabras de Pablo: «Sed alegres en la esperanza, fuertes en la tribulación, perseverantes en la oración, serviciales en las necesidades de los hermanos» (Rm 12, 12-13).

El callado sufrimiento interior que lleva consigo la fidelidad al deber, con frecuencia incluso marcado por la soledad y la incompreensión de aquellos a los que uno se entrega, se convierte en vía de santificación personal, al tiempo que cauce de salvación para las personas a causa de las cuales se sufre.

Obedientes hasta el final

29. Si la vida del creyente es toda ella una búsqueda de Dios, entonces cada día de la existencia se convierte en un continuo aprender el arte de escuchar su voz para seguir su voluntad. Se trata de una escuela en verdad exigente, una pugna entre el yo que tiende a ser dueño de sí y de su historia y el Dios que es «el Señor» de toda historia; una escuela en la que uno aprende a fiarse tanto de Dios y de su paternidad que confía también en los hombres, sus hijos y hermanos nuestros. De esta forma crece la certeza de que el Padre no abandona nunca, ni siquiera cuando hay que poner el cuidado de la propia vida en manos de los hermanos, en los cuales debemos reconocer la señal de su presencia y la mediación de su voluntad.

Con un acto de obediencia, aunque inconsciente, hemos venido a la vida, acogiendo aquella Voluntad buena que nos ha preferido a la no existencia. Concluiremos el camino con otro acto de obediencia, que deseáramos fuera lo más consciente y libre posible, pero que sobre todo es expresión de abandono a aquel Padre bueno que nos llamará definitivamente a sí, en su reino de luz infinita, donde concluirá nuestra búsqueda y lo verán nuestros ojos, en un domingo sin fin. Entonces seremos plenamente obedientes y estaremos realizados del todo, porque diremos para siempre sí a aquel Amor que nos ha hecho existir para ser felices con Él y en Él.

Oración de la autoridad

30. «Oh, buen pastor, Jesús, pastor bueno, pastor clemente, pastor misericordioso: este pastor pobre y miserable levanta su grito hacia ti; un pastor débil, inexperto e inútil pero, así y todo, pastor de tus ovejas.

Enséñame a mí, tu siervo, Señor, enséñame, te lo suplico, por medio de tu Espíritu

Santo, cómo servir a mis hermanos y desgastarme por ellos. Concédeme, Señor, por tu gracia inefable, saber soportar con paciencia sus debilidades, saber compartir sus sufrimientos con benevolencia y prestarles ayuda con discreción. Que, enseñado por tu Espíritu, aprenda a consolar al triste, a fortalecer al pusilánime, a levantar al caído, a ser débil con los débiles, a indignarme con quien padece escándalo, a hacerme todo a todos para salvar a todos. Pon en mi boca palabras verdaderas, justas y agradables, que les edifiquen en la fe, en la esperanza y en la caridad, en la castidad y en la humildad, en la paciencia y en la obediencia, en el fervor del espíritu y en la entrega del corazón.

Los confío a tus santas manos y a tu tierna providencia, para que nadie los arrebatte de tu mano ni de la mano de tu siervo, a quien los has confiado, sino que perseveren con gozo en el santo propósito y, perseverando, obtengan la vida eterna, con tu ayuda, dulcísimo Señor nuestro, que vives y reinas por todos los siglos de los siglos. Amén».⁸¹

Oración a María

31. Dulce y santa Virgen María, en el momento del anuncio del ángel, con tu obediencia creyente e interpelante, nos diste a Cristo. En Caná nos mostraste, con tu corazón atento, cómo actuar con responsabilidad. No esperaste pasivamente la intervención de tu Hijo, sino que te le adelantaste, haciéndole saber las necesidades y tomando, con discreta autoridad, la iniciativa de mandarle a los sirvientes.

A los pies de la cruz, la obediencia te hizo Madre de la Iglesia y de los creyentes, en tanto que en el Cenáculo todos los discípulos reconocieron en ti la dulce autoridad del amor y del servicio.

Ayúdanos a comprender que toda autoridad verdadera en la Iglesia y en la vida consagrada tiene su fundamento en ser dóciles a la voluntad de Dios y, de hecho, cada uno de nosotros se convierte en autoridad para los demás con la propia vida vivida en obediencia a Dios.

Madre clemente y piadosa, «Tú, que has hecho la voluntad del Padre, disponible en la obediencia»,⁸² vuelve nuestra vida atenta a la Palabra, fiel en el seguimiento de Jesús Señor y Siervo, en la luz y con la fuerza del Espíritu Santo, alegre en la comunión fraterna, generosa en la misión, solícita en el servicio de los pobres, a la espera de aquel día cuando la obediencia de la fe culminará en la fiesta del Amor sin fin.

El 5 de mayo de 2008, el Santo Padre aprobó la presente Instrucción de la Congregación para los Institutos de vida consagrada y las Sociedades de vida apostólica y ha ordenado su publicación.

Roma, 11 de mayo de 2008, Solemnidad de Pentecostés.

Franc. Card. Rodé, C.M. □ *Prefecto*

Gianfranco A. Gardin, OFM Conv. □ *Secretario*

INDICE

Introducción

1. La vida consagrada testimonio de la búsqueda de Dios. □ 2. Un camino de liberación □ 3. Destinatarios, objeto y límites de este documento

PRIMERA PARTE □ Consagración y búsqueda de la voluntad de Dios

4. ¿A quién estamos buscando? □ 5. La obediencia como escucha. □ 6. «Escucha, Israel» (Dt 6, 4). □ 7. Obediencia a la Palabra de Dios. □ 8. Siguiendo a Jesús, el Hijo obediente al Padre. □ 9. Obedientes a Dios a través de mediaciones humanas. □ 10. Aprender la obediencia en lo cotidiano. □ 11. En la luz y en la fuerza del Espíritu. □ 12. Autoridad al servicio de la obediencia a la voluntad de Dios. □ 13. Algunas prioridades en el servicio de la autoridad.

a) *En la vida consagrada la autoridad es ante todo autoridad espiritual* □ b) *La autoridad está llamada a garantizar a su comunidad el tiempo y la calidad de la oración* □ c) *La autoridad está llamada a promover la dignidad de la persona* □ d) *La autoridad está llamada a infundir ánimos y esperanza en la dificultades* □ e) *La autoridad está llamada a mantener vivo el carisma de la propia familia religiosa* □ g) *La autoridad está llamada a acompañar en el camino de la formación permanente*

14. El servicio de la autoridad a la luz de las normas eclesiales □ 15. En misión con la libertad de los hijos de Dios.

SEGUNDA PARTE

Autoridad y obediencia en la vida fraterna

16. El mandamiento nuevo □ 17. La autoridad al servicio de la comunidad, y ésta al servicio del Reino □ 18. Dóciles al Espíritu que conduce a la unidad. □ 19. Para una espiritualidad de comunión y una santidad comunitaria. □ 20. Papel de la autoridad en el crecimiento de la fraternidad.

a) *El servicio de la escucha.* □ b) *La creación de un clima favorable al diálogo, la participación y la corresponsabilidad.* □ c) *Inculcar la contribución de todos en los asuntos comunes.* □ d) *Al servicio del individuo y de la comunidad.* □ e) *El discernimiento comunitario.* □ f) *Discernimiento, autoridad y obediencia.* □ g) *La obediencia fraterna.*

21. «El primero entre vosotros se hará vuestro esclavo» (Mt 20, 27). □ 22. La vida fraterna como misión.

TERCERA PARTE

En misión

23. En misión con todo el propio ser, como Jesús, el Señor. □ 24. En misión para

servir. □25. Autoridad y misión.

a) *Anima a asumir responsabilidades y las respeta una vez asumidas.* □b) *Invita a afrontar las diversidades en espíritu de comunión.* □c) *Mantiene el equilibrio entre las varias dimensiones de la vida consagrada.* □d) *Tiene un corazón misericordioso.* □e) *Tiene el sentido de la justicia.* □f) *Promueve la colaboración con los laicos.*

26. Las obediencias difíciles. □27. Obediencia y objeción de conciencia. □28. La difícil autoridad. □29. Obedientes hasta el final. □30. Oración de la autoridad. □31. Oración a María.

1 Cf. Juan Pablo II, Exhortación apostólica postsinodal *Vita consecrata* (25 marzo 1996), 1.

2 Dante Alighieri, *Divina Comedia. Paraíso*, III, 85, en *Obras completas de Dante Alighieri*, BAC 157, Madrid 1956, 460.

3 Cf. Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, Instrucción *La vida fraterna en comunidad* (2 febrero 1994), 5; Congregación para los Religiosos y los Institutos Seculares, Instrucción *Elementos esenciales de la enseñanza de la Iglesia sobre vida religiosa* (31 mayo 1983), 21.

4 Cf. *Código de Derecho Canónico*, can. 631, § 1; *Vita consecrata*, 42.

5 Cf. Juan Pablo II, Carta apostólica *Novo millennio ineunte* (6 enero 2001), 43-45; *Vita consecrata*, 46; 50.

6 Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, Instrucción *Potissimum institutioni* (2 febrero 1990), en particular los nn. 15, 24-25, 30-32.

7 En particular los nn. 47-52.

8 En particular los nn. 42-43, 91-92.

9 Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, Instrucción *Caminar desde Cristo* (19 mayo 2002), en particular los nn. 7 y 14.

10 San Bernardo, *Sermones diversos*, 42, 3, en *Obras completas de San Bernardo*, BAC 497, Madrid 1988, VI, 317.

11 San Bernardo, *Errores de Pedro Abelardo*, 8, 21, en *Obras completas de San Bernardo*, BAC 452, Madrid 1984, II, 563.

12 Benedicto XVI, Carta encíclica *Spe salvi* (30 noviembre 2007), 43; cf. Conc. Ecum. Lateranense IV, in *DS* 806.

13 «Más interior que lo íntimo mío». San Agustín, *Confesiones* III, 6, 11, en *Obras de San Agustín*, BAC 11, Madrid 1955, II, 165.

14 Benedicto XVI, *Carta al Prefecto de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica con ocasión de la Plenaria* (27 de septiembre 2005), en *L'Osservatore romano*, edición semanal en lengua española, 14 de octubre de 2005, 4.

15 San Benito, *Regla*, Prólogo, 3, en *La Regla de San Benito*, BAC 406, Madrid 1979, 65. Cf. también San Agustín, *Regla*, 7; San Francisco de Asís, *Regla no bulada*, I, 1; *Regla bulada*, I, 1, en *San Francisco de Asís. Escritos, Biografías, Documentos de la época*, BAC 399, Madrid 1978, 91 y 110.

16 *Código de Derecho Canónico*, can. 618.

17 Cf. Conc. Ecum. Vaticano II, Decreto sobre la adecuada renovación de la vida religiosa *Perfectae caritatis*, 14; cf. *Código de Derecho Canónico*, can. 601.

18 Pablo VI, Exhortación apostólica *Evangelica testificatio* (29 junio 1971), 29.

19 Cf. *ibid.*, 25.

20 San Ignacio de Loyola, *Constituciones de la Compañía de Jesús*, 84, en *Obras completas de San Ignacio de Loyola*, BAC 86, Madrid 1952, 387.

21 Cf. Benedicto XVI, Exhortación apostólica postsinodal *Sacramentum caritatis* (22 febrero 2007), 12.

22 Cf. Congregación para los Religiosos y los Institutos Seculares y Congregación para los Obispos, Notas directivas sobre las relaciones entre Obispos y Religiosos en la Iglesia *Mutuae relationes* (14 mayo 1978), 13.

23 *Perfectae caritatis*, 14.

24 Benedicto XVI, *Homilía en la Misa de inicio de su pontificado* (24 abril 2005), en *L'Osservatore romano*, edición semanal en lengua española, 29 de abril de 2005, 6.

25 San Ignacio de Antioquia, *Carta a Policarpo* 4, 1, en *Padres apostólicos y apologistas griegos*, BAC 629, Madrid 2002, 416.

26 Cf. San Agustín, *Enarraciones sobre los salmos* 70.1.2, en *Obras de San Agustín*, BAC 246, Madrid 1965, XX, 819.

27 Cf. *La vida fraterna en comunidad*, 50.

28 Benedicto XVI, *Discurso a los superiores generales* (22 de mayo de 2006), en *L'Osservatore romano*, edición semanal en lengua española, 26 de mayo de 2006, 3; cf. *Caminar desde Cristo*, 24-26.

29 Cf. Conc. Ecum. Vaticano II, Constitución *Lumen gentium*, 11; *Caminar desde*

Cristo, 26.

30 Cf. Benedicto XVI, *Sacramentum caritatis*, 8; 37; 81.

31 Cf. *Vita consecrata*, 42.

32 Cf. *Mutuae relationes*, 34-35.

33 Benedicto XVI, *Homilía de la misa Crismal* (20 de marzo de 2008), en *L'Osservatore romano*, edición semanal en lengua española, 28 de marzo de 2008, 6.

34 *Caminar desde Cristo*, 32.

35 Cf. *Código de Derecho Canónico*, can. 590, 2.

36 Cf. *Vita consecrata*, 46.

37 *Vita consecrata*, 70.

38 Cf. *La vida fraterna en comunidad*, 32.

39 Cf. *Código de Derecho Canónico*, cann. 617-619.

40 *Ibid.*, c. 618.

41 *Ibid.*, c. 618.

42 *Ibid.*, c. 601.

43 *Ibid.*, c. 619.

44 La comunidad religiosa tiende a conseguir y manifestar la primacía del amor de Dios, que constituye el fin propio de la vida consagrada, y por lo mismo su primera obligación y el primer apostolado de cada uno de los miembros de la comunidad. Cf. *Código de Derecho Canónico*, cann. 573; 607; 663, § 1; 673.

45 *Código de Derecho Canónico*, c. 619.

46 Cf. *Código de Derecho Canónico*, cann. 619, 602, 618.

47 Cf. *Perfectae caritatis*, 14.

48 *Vita consecrata*, 92.

49 *Sacramentum caritatis*, 15.

50 Cf. *ibid.*, 42.

51 *La vida fraterna en comunidad*, 51.

- 52 Cf. *Perfectae caritatis*, 14.
- 53 San Benito, *Regla* 3, 1.3, 80.
- 54 Cf. *Vita consecrata*, 43; *La vida fraterna en comunidad*, 50c; *Caminar desde Cristo*, 14.
- 55 *La vida fraterna en comunidad*, 32.
- 56 *Vita consecrata*, 92.
- 57 Cf. *ibid.*, 43.
- 58 San Benito, *Regla* 71, 1-2, 185.
- 59 *Ibid.*, 72, 4-7, 186-187.
- 60 San Basilio, *Las reglas más breves*, Interrog. 115: PG 31, 1162.
- 61 San Bernardo, *Sobre la consideración*, II, XI, 20, en *Obras completas de San Bernardo*, II, 113.
- 62 Santa Clara de Asís, *Testamento*, 61-62, en *Escritos de Santa Clara y documentos contemporáneos*, BAC 314, Madrid 1970, 284.
- 63 Juan Pablo II a la Plenaria de la Congregación para la Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica (20 noviembre 1992), en *AAS* 85 (1993) 905; cf. *La vida fraterna en comunidad*, 54, 71.
- 64 *Ibid.*, 54.
- 65 San Ignacio de Loyola, *Ejercicios espirituales*, 95, 4-5, 179.
- 66 *Vita consecrata*, 92.
- 67 Cf. *Ibid.*, 43.
- 68 Cf. *La vida fraterna en comunidad*, 50.
- 69 Cf. *ibid.*, 59.
- 70 San Francisco de Asís, *Carta a un Ministro*, 7-10, 72.
- 71 Cf. Juan Pablo II, Carta Encíclica *Dives in misericordia* (30 noviembre 1980), 6.
- 72 *Vita consecrata*, 55; cf. *Caminar desde Cristo*, 31.
- 73 *La vida fraterna en comunidad*, 70.

74 San Benito, *Regla* 68, 1-5, 182-183.

75 San Francisco de Asís, *Admoniciones III*, 5-6, 78.

76 San Francisco de Asís, *Admoniciones III*, 9, 78.

77 Cf. Pablo VI, *Evangelica testificatio*, 28-29.

78 Juan Pablo II, Carta Encíclica *Veritatis splendor* (6 agosto 1993), 64.

79 *Ibid.*, 64.

80 *Evangelica testificatio*, 28.

81 Aelredo de Rievaulx, *Oratio pastoralis*, 1; 7; 10, en CC CM I, 757-763.

82 *Vita consecrata*, 112.

CONGREGATION FOR INSTITUTES OF CONSECRATED LIFE AND
SOCIETIES OF APOSTOLIC LIFE

THE SERVICE OF AUTHORITY AND OBEDIENCE

Faciem tuam, Domine, requiram

Instruction

INTRODUCTION

“Let your face shine upon us and we shall be saved” (Ps 79:4)

Consecrated Life as a witness of the search for God

1. “Faciem tuam, Domine, requiram”: your face, O Lord, I seek (*Ps 27:8*). A pilgrim seeking the meaning of life, enwrapped in the great mystery that surrounds him, the human person, even if unconsciously, does, in fact, seek the face of the Lord. “Your ways, O Lord, make known to me, teach me your paths” (*Ps 25:4*): no one can ever take away from the heart of the human person the search for him of whom the Bible says “He is all” (*Sir 43:27*) and for the ways of reaching him.

Consecrated life, called to make the characteristic traits of the virginal, poor and obedient Jesus visible,¹ flourishes in the ambience of this search for the face of the Lord and the ways that lead to him (cf. *Jn 14:4-6*). A search that leads to the experience of peace — “in his will is our peace”² — and which underlies each day's struggle, because God is God, and His ways and thoughts are not always our ways and thoughts (cf. *Is 55:8*). The consecrated person, therefore, gives witness to the task, at once joyful and laborious, of the diligent search for the divine will, and for this chooses to use every means available that helps one to know it and sustain it while bringing it to fulfilment.

Here, too, the religious community, a communion of consecrated persons who profess to seek together and carry out God's will: a community of sisters or brothers with a variety of roles but with the same goal and the same passion, finds its meaning. For this reason, while *all* in the community are called to seek what is pleasing to the Lord and to obey Him, *some* are called, usually temporarily, to exercise the particular task of being the sign of unity and the guide in the common search both personal and communitarian of carrying out the will of God. This is the service of authority.

A path of liberation

2. The culture of Western Society, strongly centred on the subject, has contributed to the spread of the value of respect for the dignity of the human person, positively

fostering the person's free development and autonomy.

Such recognition constitutes one of the most significant traits of modernity and is a providential given which requires new ways of conceiving authority and relating to it. One must also keep in mind that when freedom tends to become arbitrariness and the autonomy of the person, independence from the Creator and from relationships with others, then one finds oneself before forms of idolatry that do not increase freedom but rather enslave.

In such cases, believers in the God of Abraham, Isaac, and Jacob, in the God of Jesus Christ, must embark upon a path of personal liberation from every idolatrous cult. It is a path which can find its motivation in the Exodus experience: a path of liberation which leads from the acceptance of the common scattered way of thinking to the freedom of adhering to the Lord and from the monotony of one way of looking at things to itineraries that bring one to communion with the living and true God.

The Exodus journey is guided by the cloud, both bright and obscure, of the Spirit of God, and, even if, at times, it seems to lose itself down paths which do not make sense, its destiny is the beatifying intimacy of the heart of God: "I bore you up on eagle wings and brought you here to myself" (*Ex 19:4*). A group of slaves is freed to become a holy people who know the joy of free service to God. The Exodus events are a paradigm which accompanies the entire biblical reality and is seen as a prophetic anticipation of the same earthly life of Jesus, who, in turn frees from slavery through obedience to the providential will of the Father.

Addressees, intent and limitations of the document

3. The Congregation for Institutes of Consecrated Life and Societies of Apostolic Life during its last Plenary Session, which took place 28-30 September 2005, turned its attention to the theme of the exercise of authority and obedience in consecrated life. It was recognized that this theme calls for careful reflection, first of all because of the changes that have taken place in the internal lives of Institutes and communities in recent years, and also in light of what more recent Magisterial documents on the renewal of consecrated life have proposed.

The present Instruction, the fruit of what emerged in the above cited Plenary Session and in the reflection of this Dicastery that followed, is addressed to members of institutes of consecrated life who live a community life, that is to all men and women who belong to religious institutes, to which societies of apostolic life are very similar. However, other consecrated persons, in relation to their type of life, can also cull useful information from it. This document hopes to offer help and encouragement to all those, called to witness to the primacy of God through free obedience to his will, to live their yes to the Lord in joy.

In confronting the theme of this Instruction, it is well recognized that its implications are many and that there exists in the vast world of consecrated life today not only a great variety of charismatic projects and of missionary commitments, but also a certain diversity of models of governance and practices of obedience, differences often influenced by the various cultural contexts.³ Moreover, one must keep in mind the differences that characterize also under the psychological profile, communities of men and women. In addition one must consider the new problems which the

numerous forms of missionary collaboration, particularly those with the laity, pose to the exercise of authority. Also the different weights, attributed to local and central authorities in various religious institutes, determine ways of practicing authority and obedience that are not uniform. Finally one must not forget that consecrated life commonly sees, in the “synodal” figure of the general chapter (or of analogous gatherings), the supreme authority of the institute,⁴ to which all the members, beginning with the superiors, must make reference.

To all this one must add the realization that in recent years the way of listening to and living authority and obedience has changed both in the Church and in society. This is due to, among other things: the coming to awareness of the *value of the individual person*, with his or her vocation, and intellectual, affective and spiritual gifts, with his or her freedom and rational abilities; the centrality of the *spirituality of communion*,⁵ with the valuing of the instruments that help one to live it; a different and less individualistic way of understanding mission, in the *sharing* of all members of the People of God, with the resulting forms of concrete collaboration.

Nevertheless, considering some elements of the present cultural influence one must recall that the desire for *self realization* can at times enter into conflict with *community projects*; the search for *personal well-being*, be it spiritual or material, can render total dedication to the service of the common mission difficult; *visions* of the charism and of apostolic service which are *too subjective* can weaken fraternal sharing and collaboration.

Also not to be excluded is the recognition that in some settings the opposite problems are prevalent, determined by an unbalanced vision on the side of collectivity and of excessive uniformity, with the risk of stifling the growth and responsibility of the individuals. The balance between the individual and community is not an easy one and thus neither is that between authority and obedience.

This Instruction does not intend to treat all the problems raised by the various elements and sensibilities just cited. These remain, so to say, at the base of the reflections and those directions which are proposed. The principle intent of this Instruction is that of reaffirming that obedience and authority, even though practiced in many ways, always have a relation to the Lord Jesus, the obedient Servant. Moreover, it proposes to help authority in its triple service: to the individual persons called to live their own consecration (*first part*); to construct fraternal communities (*second part*); to participate in the common mission (*third part*).

The considerations and directives which follow are proposed in continuity with those of the documents which have accompanied the path of consecrated life in these past not easy years, especially *Potissimum institutioni* of 1990,⁶ *Fraternal Life in Community* of 1994,⁷ the Post-Synodal Apostolic Exhortation *Vita consecrata* of 1996⁸ and the 2002 Instruction, *Starting Afresh from Christ: A Renewed Commitment to Consecrated Life in the Third Millennium*.⁹

FIRST PART

CONSECRATION AND SEARCH FOR THE WILL OF GOD

“Because freed we can serve him in justice and holiness” (cf. Lk 1:74-75)

Whom are we seeking?

4. The Lord asks the first disciples, who, perhaps, still uncertain and doubtful begin to follow a new *Rabbi*: “*What are you looking for?*” (*Jn 1:38*). We can read into this question other radical questions: What does your heart seek? What concerns you? Are you looking for yourself or are you looking for the Lord your God? Are you pursuing your own desires or the desire of the One who made your heart and wants to bring it to fullness, as he knows and understands it? Are you running after only passing things or are you seeking the One who does not pass away? “In this world of dissimilarity, with what do we need to be concerned, Lord God? From the rising of the sun to its setting I see men overwhelmed by the turmoil of this world: some look for riches, others, privilege, others yet again the satisfactions of popularity,” observed St. Bernard.¹⁰

“Your face, O Lord, I seek” (*Ps 27:8*) is the response of the person who has understood the uniqueness and the infinite greatness of the mystery of God and the sovereignty of his holy will but is also the response, even if it is only implicit and confused, of every human creature in search of truth and happiness. *Quaerere Deum* has always been the quest of every being thirsting for the Absolute and the Eternal. Many today tend to consider any kind of dependence humiliating, but the status of creature in itself implies being dependent on an Other and, therefore, as a being in relation, dependent on others.

The believer seeks the living and true God, the Beginning and the End of all things, the God not made in his or her image and likeness but the God who made us in his image and likeness, the God who makes known his will, who indicated the ways to reach him: “You will show me the path of life, fullness of joys in your presence, delights at your right hand forever” (*Ps 16:11*).

To seek the will of God means to seek a friendly and benevolent will, which desires our fulfilment, that desires, above all, a free response in love to its love, in order to make of us instruments of divine love. It is along this *via amoris* that the flower of listening and obedience blooms.

Obedience as listening

5. “Listen, child” (*Pr 1:8*). First of all, obedience is an attitude of a son or daughter. It is that particular kind of listening that only a son or daughter can do in listening to his or her parent, because it is enlightened by the certainty that the parent has only good things to say and give to him or her. This is a listening, full of the trust, that makes a son or daughter accept the parent's will, sure that it will be for his or her own good.

This is most completely true in regard to God. In fact, we reach our fullness only to the extent that we place ourselves within the plan with which He has conceived us with a Father's love. Therefore, obedience is the only way human persons, intelligent and free beings, can have the disposition to fulfil themselves. As a matter of fact, when a human person says “no” to God, that person compromises the divine plan, diminishing him or herself and condemning him or herself to failure.

Obedience to God is the path of growth and, therefore, of freedom for the person because this obedience allows for the acceptance of a plan or a will different from one's own that not only does not deaden or lessen human dignity but is its basis. At the same time, freedom is also in itself a path of obedience, because it is in obeying the plan of the Father, in a childlike way, that the believer fulfils his or her freedom. It is clear that such obedience requires that persons recognize themselves as sons and daughters and enjoy being such, because only a son or a daughter can freely place him or herself in the hands of his or her Father, exactly like the Son, Jesus, who abandoned himself to the Father. Even if in his passion he gave himself up to Judas, to the high priests, to his torturers, to the hostile crowd, and to his crucifiers, he did so only because he was absolutely certain that everything found its meaning in complete fidelity to the plan of salvation willed by the Father, to whom, as St. Bernard reminds us, “it is not the death which was pleasing, but the will of the One who died of his own accord”.¹¹

“Hear, O Israel !” (Dt 6:4)

6. For the Lord God, Israel is a child. Israel is the people whom he has chosen, begotten, brought up, held by the hand, raised to his cheek and taught to walk (cf. *Hos* 11:1-4), to whom — as the highest expression of affection — he constantly addressed his Word, even if this people did not always listen to it or considered it a weight, as a “law”. The entire Old Testament is an invitation to listen, and listening is a way of coming to the New Covenant when the Lord says: “I will place my laws in their minds and I will write them on their hearts; I will be their God and they shall be my people” (*Heb* 8:10; cf. *Jer* 31:33).

As a free and liberating response of the New Israel to the proposal of a new covenant, obedience flows from listening. Obedience is part of the New Covenant, which has obedience for its distinctive characteristic. From this it follows that obedience can be completely understood only within the logic of love, intimacy with God and the definitive belonging to the One who finally sets all free.

Obedience to the Word of God

7. The first act of obedience on the part of the creature is that of coming into existence in conformity with the divine *fiat* that calls one into being. Such obedience reaches its full expression in a creature free to recognize and accept him or herself as a gift of the Creator, to say “yes” to coming into being from God. This constitutes the first real act of freedom which is also the first and fundamental act of authentic obedience.

Thus, the real obedience of the believing person is adhering to the Word with which God reveals and communicates himself, and through which he renews his covenant of love every day. From that Word flowed life which continues to be transmitted every day. Therefore, every morning the believing person seeks a living and faithful contact with the Word which is proclaimed that day, meditating on it and holding it in his or her heart as a treasure, making of it the root of every action and the primary criterion of each choice, allowing him or herself to be edified by that Word. And at the end of the day placing him or herself before the Word, praising God as Simeon did for having seen the fulfilment of the eternal Word within the small events of the day (cf. *Lk* 2:27-32), and confiding to the strength of the Word whatever has remained unaccomplished. The Word, in fact, does not work only by day, but

continuously, as the Lord teaches in the parable of the seed (cf. *Mk* 4:26-27).

The loving encounter with the Word shows one how to discover the way to life and the way through which God wishes to free his children, nourishes one's spiritual instincts for the things which are pleasing to God, conveys the sense and the taste for his will, gives peace and joy for staying faithful, making one sensitive and ready for all the expressions of obedience: to the Gospel (*Rm* 10:16; *2 Th* 1:8), to the faith (*Rm* 1:5; 16:26; *Acts* 6:7), and to the truth (*Gal* 5:7; *1 Pt* 1:22).

However, one must not forget that the authentic experience of God always remains an experience of otherness. "However great the similarity that may be established between Creator and creature, the dissimilarity between them is always greater".¹² The mystics and all those who have tasted intimacy with God, remind us that the contact with the sovereign Mystery is always contact with the Other, with a will which is at times dramatically dissimilar from our own. To obey God means in fact to enter into an order of values which is "other", taking on a new and different sense of reality, experiencing an unthought-of freedom to reach the threshold of the mystery: "For my thoughts are not your thoughts, nor are your ways my ways, says the Lord. As high as the heavens are above the earth, so high are my ways above your ways and my thoughts above your thoughts" (*Is* 55:8-9).

This entering into the world of God can arouse fear. Such an experience based on the example of the Saints can show that what is impossible for man is made possible by God. Additionally, it becomes authentic obedience to the mystery of God who is, at the same time, "*interior intimo meo*"¹³ and radically other.

In the following of Jesus, the obedient Son of the Father

8. On this journey we are not alone: we are guided by the example of Christ, the Beloved on whom the Father's favour rests (*Mt* 3:17; 17:5), but also he who has freed us thanks to his obedience. It is he who inspires our obedience in order that the divine plan of salvation be completed through us.

In him everything is a listening to and acceptance of the Father (cf. *Jn* 8:28-29); all of his earthly life is an expression and continuation of what the Word does from eternity: letting himself be loved by the Father, accepting his love in an unconditional way, to the point of deciding to do nothing by himself (cf. *Jn* 8:28) but to do always what is pleasing to the Father. The will of the Father is the food which sustains Jesus in his work (cf. *Jn* 4:34) and which merits for Him and for us the superabundance of the resurrection, the luminous joy of entering into the very heart of God, into the blessed company of his children (cf. *Jn* 1:12). It is by this obedience of Jesus that "all shall become just" (*Rm* 5:19).

He also lived obedience when it presented a difficult chalice to drink (cf. *Mt* 26:39, 42; *Lk* 22:42), and he made himself "obedient to the point of death, and death on a cross" (*Phil* 2:8). This is the dramatic aspect of the obedience of the Son wrapped in a mystery which we can never totally penetrate, but which for us is very relevant, because it uncovers for us even more the *filial* nature of Christian obedience: only the child who senses himself loved by the Father and loves him with his whole self, can arrive at this type of radical obedience.

The Christian, like Christ, is defined as an obedient being. The unquestionable primacy of love in Christian life cannot make us forget that such love has acquired a face and a name in Christ Jesus and has become Obedience. Therefore, obedience is not humiliation but the truth on which the fullness of human persons is built and realized. Hence, the believer so ardently desires to fulfil the will of the Father as to make of it his or her supreme aspiration. Like Jesus, he or she wants to live by this will. In imitation of Christ and learning from Him, with a gesture of supreme freedom and of unconditional trust, the consecrated person has placed his or her will in the hands of the Father to make a perfect and pleasing sacrifice to him (cf. *Rm* 12:1).

However, even before being the model for all obedience, Christ is the One to whom every true obedience is directed. In fact, it is the putting of his words into practice that renders one a disciple (cf. *Mt* 7:24) and it is the observance of his commandments which concretizes love for Him and draws the love of the Father (cf. *Jn* 14:21). He is at the centre of the religious community as the One who serves (cf. *Lk* 22:27) but also as the One to whom one professes one's own faith ("You have faith in God; have faith also in me" [*Jn* 14:1]) and to whom one gives his or her own obedience, because only in this does one carry out a sure and persevering following. "In fact, it is the Risen Lord himself, newly present among the brothers and sisters gathered in his name who points out the path to take".¹⁴

Obedient to God through human mediation

9. God manifests his will through the interior motion of the Spirit, who "guides to all truth" (*Jn* 16:13), through multiple external mediations. In effect, the history of salvation is a story of mediation, which makes the mystery of grace which God completes in the intimacy of the heart visible in some way. Even in Jesus' life, it is possible to recognize not a few human means through which He became aware of, interpreted, and accepted the will of the Father, as the *raison d'être* and as the constant food for his life and his mission.

Mediations that exteriorly communicate the will of God must be recognized in the events of life and in the specific requirements of a particular vocation, but they are expressed as well in the laws that give order to the life of groups of people and in the dispositions of those who are called to lead such groupings. In the ecclesial context, laws and dispositions, legitimately given, provide an insight into the will of God, becoming the concrete and ordered realization of the demands of the Gospel from which they are formulated and perceived.

Consecrated persons moreover are called to the following of the obedient Christ within an "evangelical project" or a charismatic one, inspired by the Spirit and authenticated by the Church. Approving a charismatic program that is a religious institute, the Church guarantees that the inspiration that animates it and the norms that regulate it can provide a path for seeking God and holiness. Therefore, the Rule and the other indications concerning the way of life also become means of mediating the will of the Lord: human mediation but still authoritative, imperfect but at the same time binding, the starting point from which each day begins, and also for moving forward in a generous and creative impulse towards that sanctity which God "wills" for every consecrated person. In this journey persons in authority are invested with the pastoral task of leading and deciding.

It is evident that all this will be experienced coherently and fruitfully only if the desire to know and do the will of God, the awareness of one's own fragility and the acceptance of the validity of the specific mediations remain alive, even when the reasons presented are not fully grasped.

The spiritual intuitions of the founders and foundresses, especially of those who have significantly marked the path of religious life throughout the centuries, have always given great importance to obedience. Already at the beginning of his *Rule*, St. Benedict addresses the monk: “To thee, therefore, my speech is now directed, who, giving up thine own will, takest up the strong and most excellent arms of obedience, to do battle for Christ the Lord, the true King”.¹⁵

It must also be remembered that the authority-obedience relationship is situated in the larger context of the mystery of the Church and constitutes a particular actualization of its function as mediator. In this regard the Code of Canon Law recommends that “superiors are to exercise their power, received from God through the ministry of the Church, in a spirit of service”.¹⁶

Learning obedience in the day-to-day

10. Therefore, for the consecrated person it might also come to having “to learn obedience” through suffering or from some very specific and difficult situations: when, for example, one is asked to leave certain personal projects or ideas, to give up the pretext of managing one's life and mission by oneself; or all the times in which what is asked (or who asks it) does not seem to be very humanly convincing. Those who find themselves in such situations now should not forget that mediation by its nature is limited and inferior to that to which it refers, even more so if it deals with human mediation in relation to the divine will; but one should remember that every time one finds oneself faced with a command given legitimately that the Lord requests obedience to the person in authority who, at that moment, represents him¹⁷ and that Christ also “learned obedience from what he suffered” (*Heb 5:8*).

In this regard, it is fitting to recall the words of Paul VI: “You must feel something of the force with which Christ was drawn to His Cross — that baptism He had still to receive, by which that fire would be lighted which sets you too ablaze — (cf. *Lk 12:49-50*) something of that ‘foolishness’ which St. Paul wishes we all had, because it alone makes us wise (cf. *1 Cor 3:18-19*). Let the Cross be for you, as it was for Christ, proof of the greatest love. Is there not a mysterious relationship between renunciation and joy, between sacrifice and magnanimity, between discipline and spiritual freedom?”¹⁸

It is precisely in these cases of suffering that the consecrated person learns to obey the Lord (cf. *Ps 119:7*), to listen to him and to remain devoted only to him, waiting patiently and full of hope for his revealing Word (cf. *Ps 118:81*), in complete and generous openness to accomplishing his will and not one's own (cf. *Lk 22:42*).

In the light and strength of the Spirit

11. One remains devoted to the Lord when sensing in some way his presence in human intermediaries, such as in the Rule, the superiors, the community,¹⁹ the signs of the times, the expectations of others and, above all, the poor; when one has the

courage to cast the nets on the “strength of his word” (cf. *Lk* 5:5) and not only from solely human motivations; when one chooses to obey not only God but also others, but in every case, for God and not for others. In his *Constitutions*, St. Ignatius writes: “Genuine obedience considers not the person to whom it is offered but Him for whose sake it is offered: and if it is exercised for the sake of our Creator and Lord alone, then it is the very Lord of everyone who is obeyed”.²⁰

If in difficult moments those who are called to obey request insistently the Father for the Spirit (cf. *Lk* 11:13), he will give them the Spirit and the Spirit will give light and the strength to be obedient and will help them to know the truth — and it is the truth makes one free (cf. *Jn* 8:32).

Jesus himself, in his humanity, was led by the action of the Holy Spirit: conceived in the womb of the Virgin Mary by the work of the Holy Spirit, at the beginning of his mission, in his baptism he receives the Spirit which descends upon him and guides him; risen he pours forth the Spirit on his disciples that they might enter into the same mission, announcing the salvation and pardon which he merited. The Spirit who anointed Jesus is the same Spirit who can make our freedom similar to that of Christ, perfectly conformed to the will of God.²¹

Therefore, it is indispensable that all open themselves to the Spirit, beginning with superiors, who properly receive authority from the Spirit,²² and “docile to the will of God”,²³ under his guidance must exercise it.

Authority at the service of obedience to the Will of God

12. In consecrated life everyone must sincerely seek the will of the Father, because otherwise the reason itself for this choice of life would disappear; but it is equally important to carry out such a search together with the brothers or the sisters because it is precisely that which unites them, “making them a family united to Christ”.

Persons in authority are at the service of this search to ensure that it occurs in sincerity and truth. In the homily at the beginning of his Petrine ministry, Benedict XVI affirmed significantly: “My real program of governance is not to do my own will, not to pursue my own ideas, but to listen, together with the whole Church, to the word and the will of the Lord, to be guided by Him, so that He himself will lead the Church at this hour of our history”.²⁴ On the other hand, it is necessary to recognize that the task of being a guide for others is not easy, especially when the sense of personal autonomy is excessive or conflictive and competitive in its relations with others. Therefore, it is necessary on everyone's part to sharpen his or her ability to see the encounters of this task in faith, in order that he or she might be inspired to have the attitude of Jesus the Servant who washes the feet of his apostles so that they might have a part in his life and in his love (cf. *Jn* 13:1-17).

This calls for a great consistency on the part of those who guide institutes, provinces (or other sections of the institute) and communities. Persons called to exercise authority must know that they will be able to do so only if they first undertake the pilgrimage that leads to seeking the will of God with intensity and righteousness. The advice that St. Ignatius of Antioch gave to one of his fellow bishops is valuable for them: “Nothing is done without your agreement, but you do not do anything without God's agreement”.²⁵ Persons in authority must act in such a way that the brothers or

the sisters can perceive that when they give a command, they are doing so only to obey God.

Reverence for the will of God keeps those in authority in a state of humble seeking, so that their acting conforms as much as possible to that holy will. St. Augustine reminds us that the one who obeys always fulfils the will of God, not because the command of the authority necessarily conforms to the divine will, but because it is the will of God that is obeyed by the one who is in charge.²⁶ But those in authority, on their part, must search assiduously with the help of prayer, reflection, and the advice of others for what God really wills. Otherwise, instead of representing God, superiors risk putting themselves carelessly in God's place.

With the intention of doing God's will, authority and obedience are not therefore two distinct realities or things absolutely opposed but rather two dimensions of the same evangelical reality, of the same Christian mystery, two complementary ways of participating in the same oblation of Christ. Authority and obedience are personified in Jesus: for this reason they must be understood in direct relation to him and in a real configuration to him. Consecrated life intends simply to live *His* Authority and *His* Obedience.

Some priorities in the service of authority

13. a) *In consecrated life authority is first of all a spiritual authority.*²⁷ Persons in authority recognize that they are called to serve an ideal that is much greater than themselves, an ideal which can be approached only in an atmosphere of prayer and humble seeking, which allows them to grasp the action of the same Spirit in the heart of every brother or sister. Persons in authority are “spiritual” when they place themselves at the service of what the Spirit wants to realize through the gifts which he distributes to every member of the community, in the charismatic project of the institute.

To be in the position of promoting the spiritual life, persons in authority will have to cultivate first in themselves an openness to listening to others and to the signs of the times through a daily familiarity in prayer with the Word of God, with the Rule and the other norms of the life. “The service of authority demands a persevering presence, able to enliven and take initiative, to recall the *raison d'être* of consecrated life, to help the persons entrusted to you to correspond with ever-renewed fidelity to the call of the Spirit”.²⁸

b) *Persons in authority are called to guarantee to the community the time for and the quality of prayer*, looking after the community's daily faithfulness to prayer, in the awareness that the community approaches God with small but constant steps, everyday and by everyone's effort, and that consecrated persons can be useful to one another to the extent that they are united to God. Furthermore, persons in authority are called to take care that, beginning with themselves, daily contact with the Word does not disappear, since “it has the power to edify” (*Acts* 20:32) individual persons and the community and to indicate ways for the mission. Mindful of the command of the Lord, “Do this in memory of me” (*Lk* 22:19), persons in authority will assure that the holy mystery of the Body and of the Blood of Christ is celebrated and venerated as “the source and summit”²⁹ of communion with God and among the brothers and sisters. Celebrating and adoring the gift of the Eucharist in faithful obedience to the Lord, the community draws from it the inspiration and strength for its total

dedication to God, in order to be a sign of his gratuitous love for humanity and an efficacious pointing toward future goods.³⁰

c) *Persons in authority are called to promote the dignity of the person*, paying attention to each member of the community and to his or her growth, giving to each one the appropriate appreciation and positive consideration, nurturing sincere affection towards all and keeping reserved all that is said in confidence.

It is appropriate to recall that before invoking obedience (necessary) one needs to practice charity (indispensable). It is also good to make an appropriate use of the word *communio*, which cannot and must not be understood as a kind of delegation of authority to the community (with the implicit invitation to each to “do what he or she wants”), but neither as a more or less veiled imposition of one's own point of view (each one “does what I want”).

d) *Persons in authority are called to inspire courage and hope in the midst of difficulties*. As Paul and Barnabas encouraged their disciples, teaching that “we must undergo many trials if we are to enter into the reign of God” (*Acts 14:22*), persons in authority must help in accepting the difficulties of the present moment, remembering that they are part of the sufferings which are often strewn along the road that leads to the Reign of God.

Faced with some difficult situations in consecrated life, for example, where its presence seems to be weakening and even disappearing, the one who leads the community will recall the perennial values of this kind of life, because today, as yesterday, and as always, nothing is more important, beautiful and true than spending one's own life in the service of the Lord and for the littlest of his children.

Leaders of the community are like the Good Shepherd who gives his life for the sheep, because even in the critical moment they do not retreat, but are present, participating in the concerns and the difficulties of the people confided to their care, involving themselves personally; and like the Good Samaritan they will be ready to care for any possible wounds. Furthermore, leaders humbly recognize their own limits and need for help from others, knowing how to turn their own failures and defeats into rich learning experiences.

e) *Persons in authority are called to keep the charism of their own religious family alive*. The exercise of authority also includes putting oneself at the service of the proper charism of the institute to which one belongs, keeping it carefully and making it real in the local community and in the province or the entire institute, according to the plans and orientations offered, in particular by General Chapters (or analogous meetings).³¹ What is required of persons in authority is an adequate knowledge of the charism of the institute, making it part of themselves, in order then better to see it in relation to community life and in relation to its place in ecclesial and social contexts.

f) *Persons in authority are called to keep alive the “sentire cum Ecclesia”*. Persons in authority have the task of helping to keep alive the sense of faith and of ecclesial communion, in the midst of a people that recognizes and praises the wonders of God, witnessing to the joy of belonging to him in the great family of the one, holy, catholic, and apostolic Church. The task of following the Lord cannot be taken by solitary navigators but is accomplished in the bark of Peter, which survives the

storms; and consecrated persons contribute a hardworking and joyful fidelity to good navigation.³² Persons in authority should therefore remember that “Our obedience is a believing with the Church, a thinking and speaking with the Church, serving through her. What Jesus predicted to Peter also always applies: ‘You will be taken where you do not want to go’. This letting oneself be guided where one does not want to be led is an essential element of our serving and precisely that which makes us free”.³³

Sentire cum Ecclesia that shines in founders and foundresses implies an authentic spirituality of communion, that is “an effective and affective relationship with the Bishops, primarily with the Pope, the centre of unity of the Church”.³⁴ To him every consecrated person owes full and confident obedience also in virtue of the vow itself.³⁵ Moreover, ecclesial communion demands a faithful adhesion to the Magisterium of the Pope and Bishops as a concrete witness to love for the Church and passion for her unity.³⁶

g) *Persons in authority are called to accompany the journey of ongoing formation.* A task always to be considered most important today on the part of *persons in authority* is that of accompanying the persons for whom they are called to care throughout their lives. This they do not only by offering help in resolving possible problems or in managing possible crises but also in paying attention to the normal growth of each one in every phase and season of life, in order to guarantee that “youthfulness of spirit which lasts through time”³⁷ and that makes the consecrated person ever more conformed to the “sentiments which were in Christ Jesus” (*Phil 2:5*).

Therefore, it will be the responsibility of persons in authority to keep a high level of openness to being formed as well as the ability to learn from life. In particular, this is important to do regarding the freedom of letting oneself be formed by others and for each one to feel a responsibility for the growth of others. Both will be fostered by making use of means of growth in community passed on by tradition and that are today especially recommended by those who have solid experience in the field of spiritual formation: sharing of the Word, personal and community plans, communitarian discernment, review of one's life and fraternal correction.³⁸

The service of authority in the light of ecclesial norms

14. In the preceding paragraphs the service of authority in consecrated life was described in reference to the search for the will of the Father and some of its priorities were pointed out.

In order that these priorities not be understood as purely facultative, it seems appropriate to consider the particular characteristics of the exercise of authority according to the Code of Canon Law.³⁹ In it the evangelical traits of the power exercised by religious superiors on various levels are translated into norms.

a) *The obedience of the superior.* Moving from the characteristic nature of *munus* of ecclesial authority, the Code reminds the religious superior that he or she is first of all called to be the first one to be obedient. In the strength of the assumed office, he or she owes obedience to the law of God, from whom his or her authority comes and to whom he or she must render an account in conscience, to the law of the Church, to the Roman Pontiff, and to the proper law of the institute.

b) *The spirit of service*. After having reaffirmed the charismatic origin and the ecclesial mediation of religious authority, it is reaffirmed that, as all authority in the Church, so too the authority of the religious superior must be characterized by the spirit of service, in imitation of Christ who “came not to be served but to serve” (Mk 10:45).

In particular, some aspects of such a spirit of service are pointed out, whose faithful observance will assure that superiors, in fulfilling their service, will be recognized as “docile to the will of God”.⁴⁰

Therefore, every superior is called to bring to life again, brother to brother or sister to sister, that love with which God loves his children, avoiding, on the one hand, any attitude of domination and, on the other, any form of paternalism or maternalism.

All of this is made possible by *confidence in the responsibility of the brothers or the sisters* “promoting the voluntary obedience of their subjects with reverence for the human person”,⁴¹ and through *dialogue* keeping in mind that bonding must come about “in a spirit of faith and love in the following of the obedient Christ”⁴² and not for other motivations.

c) *Pastoral care*. The Code points out, as the primary goal of the exercise of religious power, that of building “a community of brothers or sisters in Christ in which God is sought after and loved before all else”.⁴³ Therefore, in the religious community authority is essentially pastoral by its nature in that it is entirely in function of the building of fraternal life in community, according to the very ecclesial identity of consecrated life.⁴⁴

The principle means that the superior should use to attain such a primary end can only be based on faith: they are, in particular, listening to the Word of God and the celebration of the Liturgy.

Finally, some areas of particular care on the part of superiors as regards the brothers or sisters are singled out: “they are to meet the personal needs of the members appropriately, solicitously to care for and visit the sick, to correct the restless, to console the faint of heart, and to be patient toward all”.⁴⁵

In mission with the freedom of the children of God

15. Today, it is not rare that the mission is addressed to people concerned with their own autonomy, jealous of their freedom, fearful of losing their independence.

With their very existence, consecrated persons present the possibility of a different way for the fulfilment of their own life, a way where God is the goal, his Word the light, and his will the guide, where consecrated persons move along peacefully in the certainty of being sustained by the hands of a Father who welcomes and provides, where they are accompanied by brothers and sisters, moved by the same Spirit, who wants to and knows how to satisfy the desires and longings sown by the Father in the heart of each one.

This is the primary mission of the consecrated person: he or she must witness to the freedom of the children of God, a freedom modelled on that of Christ who was free

to serve God and the brothers and sisters; and moreover to affirm with his or her very own being that that God who formed the human creature from clay (cf. *Gen* 2:7, 22) and knitted that creature in his or her mother's womb (cf. *Ps* 139:13), can form his or her life, modelling it on that of Christ, the new and perfectly free man.

SECOND PART

AUTHORITY AND OBEDIENCE IN COMMUNITY LIFE

“One among you is your teacher and you are all brothers” (Mt 23:8)

The New Commandment

16. To all those who seek God, in addition to the commandment, “You shall love the Lord your God with your whole heart, with your whole soul and with your whole mind”, there is given the second commandment “similar to the first”: “you shall love your neighbour as yourself” (*Mt* 22:37-39). Thus, the Lord Jesus adds, “Love one another as I have loved you”, because from the quality of your love “they will know that you are my disciples” (*Jn* 13:34-35). The building of fraternal community constitutes one of the fundamental tasks of consecrated life, to which the members of the community are called to dedicate themselves, moved by that same love that the Lord has poured out into their hearts. In fact, fraternal life in community is a constitutive element of religious life, an eloquent sign of the humanizing effects of the presence of the Reign of God.

If it is true that there is no meaningful community without fraternal love, it is likewise true that a correct view of obedience and authority can offer a valid help for living the commandment of love in daily life, especially when it is a question of facing problems regarding the relationship between the individual and the community.

Persons in authority at the service of the community, the community at the service of the Reign of God

17. “All who are led by the Spirit of God are sons of God” (*Rm* 8:14): we are, therefore, brothers and sisters since God is the Father who guides the community of brothers and sisters with his Spirit, configuring them to his Son.

The function of authority enters into this plan. Superiors, in union with the persons entrusted to them, are called to build a fraternal community in Christ in which God is sought and loved above things, in order to fulfil God's redemptive plan.⁴⁶ Therefore, *persons in authority* are at the service of the community as was the Lord Jesus who washed the feet of his disciples, in order that the community in its turn be at the service of the Reign of God (cf. *Jn* 13:1-17). Exercising authority in the midst of one's brothers or sisters means serving them, following the example of him who “gave his life in ransom for the many” (*Mk* 10:45), in order that they might give their lives.

Only if superiors themselves live in obedience to Christ and sincerely observe the Rule can the members of the community understand that their obedience to the superior is not only not contrary to the freedom of the children of God but causes it

to mature in conformity with Christ, obedient to the Father.⁴⁷

Docile to the Spirit who leads to unity

18. One and the same call from God has gathered the members of a community or of an institute together (cf. *Col 3:15*); one and the same desire of seeking God continues to guide them. “Life in community is thus the particular sign, before the Church and society, of the bond which comes from the same call and the common desire — notwithstanding differences of race and origin, language and culture — to be obedient to that call. Contrary to the spirit of discord and division, authority and obedience shine like a sign of that unique Fatherhood which comes from God, of the brotherhood born of the Spirit, of the interior freedom of those who put their trust in God, despite the human limitations of those who represent him”.⁴⁸

The Spirit opens each one to the Reign of God, while maintaining his or her different gifts and roles (cf. *1 Cor 12:11*). Obedience to the action of the Spirit unifies the community in its witness to his presence, makes the steps of all joyful (cf. *Ps 37:23*), and becomes the basis of community life in which all obey, each with various tasks. The search for the will of God and the willingness to carry it out is the spiritual cement that saves the group from the fragmentation that can arise from the great variety of persons in all their diversity when they are lacking a unifying principle.

For a spirituality of communion and a communitarian holiness

19. In these last few years, a renewed concept of anthropology has made the importance of the relational dimension of the human person much more evident. Such a conception finds ample confirmation in the image of the human person that emerges from the Scriptures and, undoubtedly, has also influenced the way of conceiving relations within the religious community, making it more attentive to the value of openness to someone other than oneself, to the fruitfulness of the relation with the diversity and enrichment that come to each one from it.

Such a relational anthropology has also exercised an influence, at least indirectly as we have already recalled, on the *spirituality of communion*, and has contributed to the renewal of the concept of *mission* understood as a shared commitment with all members of the people of God, in a spirit of collaboration and co-responsibility. The *spirituality of communion* presents itself as the spiritual climate of the Church at the beginning of the Third Millennium and, therefore, as an active and exemplary task of religious life at all levels. It is the main pathway for the future of a believing life and of Christian witness. It finds its uncompromising reference in the Eucharistic mystery always seen as more central, precisely because “the Eucharist is thus constitutive of the Church's being and activity” and “it is found at the root of the Church as a mystery of communion”.⁴⁹

Holiness and mission pass through the community because the risen Lord makes himself present in it and through it,⁵⁰ making it holy and sanctifying the relationships. Has not Jesus promised to be present where two or three are gathered in his name (cf. *Mt 18:20*)? Thus, brothers and sisters become sacraments of Jesus and of the encounter with God, a concrete possibility of being able to live the commandment

of mutual love. In this way the path of holiness becomes a way that all members of the community follow together; not just a path for an individual but ever more a community experience: in the reciprocal welcoming; in the sharing of gifts, above all the gift of love, of pardon, and of fraternal correction; in the common search for the will of the Lord rich in grace and mercy; in the willingness of each one to bear one another's burdens.

In today's cultural atmosphere, community holiness is a convincing witness, perhaps even more than that of the individual: this shows the perennial value of unity, a gift left by the Lord Jesus. This becomes particularly evident in international and intercultural communities that demand high levels of welcoming and dialogue.

The role of persons in authority for the growth of the community

20. The growth of the community is the fruit of an “ordered” charity, which respects its points of reference. Consequently, “it is also necessary that the proper law of each institute be as precise as possible in determining the respective competence of the community, the various councils, departmental coordinators and the superior. A lack of clarity in this area is a source of confusion and conflict. ‘Community projects,’ which can help increase participation in community life and in its mission in various contexts, should also take care to define clearly the role and competence of authority, in line with the constitutions”.⁵¹

Within this picture persons in authority promote the growth of fraternal life through the service of listening and dialogue, the creation of a favourable atmosphere for sharing and co-responsibility, the participation of everyone in the concerns of each one, service balanced between the individual and the community, discernment and the promotion of fraternal obedience.

a) The service of listening

The exercise of authority implies that persons in authority should gladly listen to those who have been entrusted to them.⁵² St. Benedict insists: “The abbot calls the whole community together”; “all of us have been called to give advice...because often it is to the youngest that the Lord reveals the best solution”.⁵³

Listening is one of the principal ministries of superiors for which they must always be available, above all for those who feel isolated and in need of attention. In fact, listening means accepting the other unconditionally, giving him or her space in one's own heart. For this listening conveys affection and understanding, declares that the other is appreciated, and that his or her presence and opinion are taken into consideration.

Whoever presides must remember that the one who does not listen to his brother or sister does not know how to listen to God either, that an attentive listening allows one to better coordinate the energy and gifts that the Spirit gives to the community and also, when making decisions, to keep in mind the limits and the difficulties of some members. Time spent in listening is never time wasted, and listening can often prevent crises and difficult times both on the individual and community levels.

b) Creation of an atmosphere favourable to dialogue, sharing and co-responsibility

Persons in authority will have to be concerned with creating an environment of trust, promoting the recognition of the abilities and the sensitivities of individuals. Moreover, with words and deeds they will nourish the conviction that the community requires participation and therefore information.

In addition to listening, persons in authority will value sincere and free dialogue — sharing feelings, perspectives and plans: in this atmosphere each one will be able to have his or her true identity recognized and to improve his or her own relational abilities. Persons in authority will not be afraid to recognize and accept those problems that can easily arise from searching, deciding, working and together undertaking the best ways of realizing a fruitful collaboration. On the contrary, they will look for the causes of any possible uneasiness and misunderstandings, knowing how to propose solutions, shared as much as possible. Moreover, they will commit themselves to finding ways of overcoming any form of childishness, and discourage whatever attempts are made to avoid responsibility or to evade major commitments, to close oneself in one's own world and in one's own interests or to work in an isolated manner.

c) Soliciting the contribution of all for the concerns of all

Whoever is in charge has the responsibility for the final decision,⁵⁴ but must arrive at it not by him or herself but rather by valuing the greatest possible free contribution of all the brothers or sisters. The community is what its members make it. Therefore, stimulating and motivating a contribution from every person so that each one feels the duty to contribute his or her own charity, competence and creativity will be fundamental. In fact, all the human resources are strengthened and brought together in the community project, motivating and respecting them.

It is not enough to place material goods in common, but still more significant is the communion of goods and personal abilities of endowments and talents, of intuitions and inspirations, and still more fundamental, and to be promoted, is the sharing of spiritual goods, of listening to the Word of God, of faith: “the more we share those things which are central and vital, the more the fraternal bond grows in strength”.⁵⁵

Probably not all will be immediately disposed to this type of sharing. When faced with possible resistance, far from giving up the project those in authority should seek to balance wisely the urgency for a dynamic and enterprising communion with the art of being patient, not expecting to see immediately the fruits of their own efforts. They must also recognize that God is the one and only Lord who can touch and change persons' hearts.

d) At the service of the individual and of the community

In entrusting various responsibilities to members of the community, persons in authority must take into account the personality of each brother or sister and each one's difficulties and predispositions, in order to give to each a way to express his or her own gifts, respecting the freedom of all. Simultaneously they must necessarily consider the good of the community and the service to the work eventually entrusted to them.

Such organizing to realize goals is not always easy to put into practice. It is then that

the balance of persons in authority, which manifests itself in the ability to take the positive aspects of each one and to make the best use of the strengths available, becomes indispensable. This must be done with that righteousness of intention that makes authority interiorly free, not too concerned with pleasing and humouring, but clear in indicating the true meaning of the mission for the consecrated person that cannot be reduced to a simple valuing of the abilities of each one.

However, it will likewise be indispensable that consecrated persons accept, in the spirit of faith and from the hands of the Father, the responsibility entrusted to them even when it does not agree with their desires and expectations or with their way of understanding the will of God. For each person, still being able to express the specific difficulties by candidly pointing them out as a contribution to the truth, obeying in such cases means relying on the final decision of the person in authority, with the conviction that such obedience is a precious contribution — even if involving suffering — for the building of the Reign of God.

e) *Community discernment*

“In community life which is inspired by the Holy Spirit, each individual engages in a fruitful dialogue with others in order to discover the Father's will. At the same time, community members together recognize in the one who presides an expression of the fatherhood of God and the exercise of authority received from God, at the service of discernment and communion”.⁵⁶

Sometimes, when the proper law provides for it or when the importance of the decision to be taken demands it, the search for an adequate response is entrusted to community discernment, in which it is a matter of listening to what the Spirit is saying to the community (cf. *Rev 2:7*).

Even if true and appropriate discernment is reserved to the most important decisions, the spirit of discernment ought to characterize every decision-making process that involves the community. A time of individual prayer and reflection together with a series of important attitudes for choosing together what is right and pleasing to God, should never be missing prior to every decision. Here are some of these attitudes:

– determination to seek nothing other than the divine will, letting oneself be inspired by God's way of acting as seen in the Sacred Scriptures and in the history of the charism of the institute, and with the awareness that evangelical logic is often “upside-down” in relation to human logic that looks for success, efficiency and recognition;

– openness to recognize in each brother or sister the ability to discover the truth, even if partial, and consequently to welcome his or her opinions as mediation for discovering together the will of God — an openness to the point of knowing how to recognize the ideas of others as better than one's own;

– attention to the signs of the times, to the expectations of the people, to the needs of the poor, to the pressing needs of evangelization, to the priorities of the Universal Church and of particular churches and to the indications of Chapters and of major superiors;

- freedom from prejudices, from excessive attachment to one's own ideas, from perceptual frameworks which are rigid or distorted and from strong positions which frustrate the diversity of opinions;
- courage to ground firmly one's own ideas while also opening oneself to new perspectives and to changing one's own point of view;
- firm proposal to maintain unity in any case, whatever the final decision might be.

Community discernment is not a substitute for the nature and function of persons in authority, from whom the final decision is expected. Nevertheless, persons in authority cannot ignore that the community is the best place in which to recognize and accept the will of God. In any case, discernment is one of the peak moments in a consecrated community where the centrality of God, that ultimate end of everyone's search, as well as the responsibility and the contribution of each one in the journey of all towards the Truth, stand out with particular clarity.

f) *Discernment, authority and obedience*

Persons in authority will be patient in the delicate process of discernment, which they will seek to guarantee in its phases and support in its most critical steps, and to be firm in requesting the implementation of whatever is decided. They will be attentive not to abdicate their own proper responsibility, even for love of living in peace or for fear of hurting someone's feelings. They will feel the responsibility of not avoiding situations in which it is necessary to make clear and, at times, unpleasant decisions.⁵⁷ True love for the community is really what makes persons in authority able to reconcile firmness and patience, listening to each one, and the courage to make decisions, overcoming the temptation to be deaf and mute.

Finally, it must be observed that a community cannot be in a state of continuous discernment. After the time of discernment there is the time for obedience, which is the implementation of the decision. Both are times in which it is necessary to live in the spirit of obedience.

g) *Fraternal obedience*

Towards the end of his *Rule*, St. Benedict affirms: “The brethren must render the service of obedience not only to the Abbot, but they must thus also obey one another, knowing that they shall go to God by this path of obedience”.⁵⁸ “That in honour they forerun one another (cf. *Rom* 12:10). Let them bear their infirmities, whether of body or mind, with the utmost patience; let them vie with one another in obedience. Let no one follow what he thinketh useful to himself, but rather to another”.⁵⁹ St. Basil asks himself: “In what way do we have to obey each other?” He responds: “As servants to their masters, as the Lord has ordered us: ‘Let him who would be great among you become the servant of all (cf. *Mk* 10:44)'; Then he adds these words which are still more impressive: ‘Like the Son of Man who came not to be served but to serve' (*Mk* 10:45); and as the Apostle says: ‘Through the love of the Spirit, be servants to each other' (*Gal* 5:13)”.⁶⁰

True fraternity is based on the recognition of the dignity of the brothers or sisters and becomes concrete in the attention given to others and to their needs, in the capacity

to rejoice in their gifts and their fulfilment, in placing at their disposition the proper time to listen and to be enlightened; however, this demands being interiorly free.

Those persons are certainly not free who are convinced that their ideas and their solutions are always the best; who suppose they can decide by themselves without any mediation for knowing the divine will; who think of themselves as always right and do not have any doubts that it is the others who have to change; who think only of their own things and do not pay any attention to the needs of others; who think that to obey is something from another era, which cannot be propounded in a world which is more evolved.

Rather, free are those persons who live constantly attentive and reach out to take advice in every situation in life, and above all from every person who lives next to them, a mediation of the will of the Lord, however mysterious. "It was for liberty that Christ freed us" (*Gal 5:1*). He has freed us that we might be able to encounter God in the innumerable ways in daily life.

"The first among you must be your slave" (Mt 20:27)

21. Today, if assuming the responsibilities proper to authority can also seem a particularly heavy burden and demand the humility of being the servant of others, it is, however, always good to recall the severe words the Lord Jesus turns on those who are tempted to clothe their authority in worldly prestige: "Whoever wishes to be first among you must be your slave, just as the Son of Man came not to be served but to serve and to give his life as a ransom for many" (*Mt 20:27-28*).

Those who seek in their own office a means of becoming greater or affirming themselves, having themselves be served or making others serve them, place themselves clearly outside the evangelical model of authority. St. Bernard's words to his disciple who became a successor of

St. Peter are worth some attention: "Consider if you have made progress on the way of virtue, of wisdom, of intelligence, of goodness. Are you more arrogant or more humble? More benevolent or more haughty? More indulgent or more intransigent? What has developed in you: the fear of God or a dangerous effrontery?"⁶¹

Obedience even under the best conditions is not easy, but it is made easier when the consecrated person sees persons in authority place themselves at the humble and hardworking service of the community and of the mission: an authority that even with all its human limitations in its acting tries to present again the attitudes and sentiments of the Good Shepherd.

"I pray that she who will have the office of responsibility for her sisters," St. Clare of Assisi affirmed in her last will and testament, "be committed to being in charge of the others through virtue and holy behaviour more than by virtue of her office, in order that the sisters, inspired by her example, obey her not so much because of her office, but for love".⁶²

Community Life as mission

22. Led by persons in authority, consecrated persons are called to measure

themselves against the new commandment, the commandment that renews all things: “Love one another as I have loved you” (*Jn 15:12*).

To love each other as the Lord has loved means to go beyond the personal merit of the brothers or sisters and to obey not one's own desires but God who speaks through the condition and needs of the brothers or sisters. It is necessary to recall that the time dedicated to improving the quality of community life is not time wasted because, as the late and fondly remembered Pope John Paul II repeatedly emphasized, “all the fruitfulness of religious life depends on the quality of community life”.⁶³

The tension of making real fraternal community is not only preparation for the mission but also an integral part of it, from the moment that “fraternal communion, as such, is already an apostolate”.⁶⁴ In the continuous search for the will of God, being in mission as communities that daily seek to build community means affirming that by following the Lord Jesus, it is possible to realize human life together in a new and humanizing way.

THIRD PART

IN MISSION

“As the Father has sent me, so I also send you” (Jn 20:21)

In mission with all one's being, as Jesus the Lord

23. The Lord Jesus makes us understand with his own form of life that *mission* and *obedience* cannot be separated. In the Gospels Jesus is always presented as the One sent by the Father to do his will (cf. *Jn 5:36-38; 6:38-40; 7:16-18*); he always does what is pleasing to the Father. It is possible to say that the entire life of Jesus is the mission of the Father. He *is* the mission of the Father.

As the Word came in mission, enfleshing himself in a humanity that he took on completely, we collaborate in the mission of Christ in the same way and we permit him to bring it to its complete fulfilment. Above all we welcome him, making ourselves the place of his presence and, therefore, the continuation of his life in history, to afford others the possibility of meeting him.

Considering that Christ in his life and work was the perfect *amen* (cf. *Rev 3:14*) and the perfect *yes* (cf. *2 Cor 1:20*) spoken to the Father, and that to say *yes* means simply to obey, it is impossible to think about the mission if not in relation to obedience. To live the mission always implies being sent, and that includes referring to the one who sends or to the content of the mission to be developed. It is for this reason that, without reference to obedience, the term *mission* becomes difficult to understand and is exposed to the risk of being reduced to something that refers only to those developing the mission. There is always the danger of reducing the *mission* to a profession to be done in view of one's own fulfilment, thereby being managed more or less by oneself.

In mission for service

24. In his *Spiritual Exercises*, St. Ignatius of Loyola writes that the Lord calls all and says: “Whoever will come with me must work with me, so that following me in effort and suffering, will follow me also into glory”.⁶⁵ The mission must be measured, today as in the past, with notable difficulties that can be confronted only with the strength that comes from the Lord, in the humble and strong awareness of being sent by him and, because of this, being able to count on his help.

Thanks to obedience we have the certitude of serving the Lord, of being “servants of the Lord” in our acting and suffering. Such certitude is the source of unconditional commitment, tenacious faithfulness, interior serenity, disinterested service and dedication of our best energies. “Those who obey have the guarantee of truly taking part in the mission, of following the Lord and not pursuing their own desires or wishes. In this way we can know that we are guided by the Spirit of the Lord, and sustained, even in the midst of great hardships, by his steadfast hand (cf. *Acts* 20:22-23)”.⁶⁶

One is in mission when, far from seeking one's own affirmation, one is, in the first place, led by the desire to accomplish the will of God, which is worthy of adoration. Such a desire is the very soul of adoration (“Thy kingdom come, Thy will be done”) and the strength of the apostle. The mission demands the commitment of all one's human abilities and talents that contribute to salvation when he or she is placed in the river of the will of God, which transports passing things into the ocean of the eternal reality where God, in unlimited happiness, will be all in all (cf. *1 Cor* 15:28).

Authority and mission

25. All this implies that authority be recognized as an important task in carrying out the mission, faithful to the charism proper to each. This is not a simple task, nor one without difficulties and ambiguities. In the past, the risk could come from persons in authority being directed mainly towards managing the work, with the danger of not taking care of persons. Today, the risk can come rather from excessive fear of hurting others' feelings or from a fragmentation of competencies and responsibilities that weakens the unified movement towards the common objective and frustrates the role of authority.

However, persons in authority are not only responsible for the animation of the community but also for the coordinating of the various competencies in relation to the mission. Thus, they respect the roles and follow the internal norms of the Institute. Even if persons in authority cannot — and must not — do everything, they nevertheless have the ultimate responsibility for everything.⁶⁷

Many are the challenges that the present time places on persons in authority in the task of coordinating energies for the mission. Some important tasks are also listed here:

a) *Persons in authority encourage the taking up of responsibilities and respect them when taken up*

For some, responsibilities can provoke a sense of fear. Therefore, it is necessary that persons in authority convey to their collaborators Christian strength and the courage to face difficulties, overcoming fears and attitudes of giving up.

Their concern will be sharing not only information but also responsibilities, committing themselves to respecting each one in his or her own rightful autonomy. This involves, on the part of authority, a patient coordination and, on the part of the consecrated person, a sincere openness to working together.

Persons in authority need to “be present” when necessary, to foster in the members of the community the sense of interdependence, as far from childish dependence as from a self-sufficient independence. This interdependence is the fruit of that interior freedom that permits each one to work and collaborate, to substitute as well as to be substituted for, to take an active part and to make his or her own contribution, even from behind the scenes.

Whoever exercises the service of authority will have to be attentive not to give into the temptation of personal self-sufficiency, to believe that everything depends on him or her and that it would not be important and useful to foster community participation; it is better to take one step together than to take two or more alone.

b) Persons in authority invite us to confront diversity in a spirit of communion

The rapid cultural changes in progress do not only cause structural transformations that influence activities and the mission but also can give rise to tensions within the community, where diverse kinds of cultural or spiritual formation cause members to give different readings to the signs of the times and, therefore, to propose varied projects not always reconcilable. Such situations can be more frequent today than in the past because there is a growing number of communities that are made up of persons who come from different ethnic groups or cultures, thereby making generational differences more evident. Persons in authority are called to serve with a spirit of communion even these composite communities, helping them to offer, in a world noted for many divisions, the witness that it is possible to live together and to love one another even if different. It must then firmly maintain some theoretical-practical principles:

- to remember that in the spirit of the Gospel, a conflict of ideas never becomes a conflict of persons;
- to recall that a plurality of perspectives fosters a deepening of the question;
- to promote communication so that the free exchange of ideas makes the positions clear and causes the positive contribution of each one to emerge;
- to help free oneself from egocentrism and ethnocentrism, which tend to place the causes of trouble onto others, in order to reach a mutual understanding;
- to understand that the ideal is not that of having a community without conflicts but instead a community that is willing to confront its own tensions in order to resolve them positively, looking for solutions that ignore none of the values that must be taken into account.

c) Persons in authority maintain a balance between the various dimensions of consecrated life

These dimensions can come into tension among themselves. Persons in authority must assure that unity of life be preserved and that the greatest possible attention is paid to the balance between time dedicated to prayer and time dedicated to work, between individual and community, between commitments and rest, between attention to common life and attention to the world and the Church, between personal formation and community formation.⁶⁸

One of the most delicate balances is that between community and mission, between life *ad intra* and life *ad extra*.⁶⁹ Given that normally the urgency of the things that need to be done can lead not to caring about the things that regard the community and that ever more often today one is called to work as an individual, it is opportune that some inviolable rules that guarantee simultaneously both a spirit of brotherhood or sisterhood in the apostolic community and an apostolic sensitivity in community life be respected.

It will be important that persons in authority be the guarantors of these rules and remind each and everyone that a member of the community who is in mission or is performing some apostolic service, even if working alone, always acts *in the name of the institute or of the community* and thus works *thanks to the community*. Often, if some are able to accomplish that particular activity it is because others of the community have given of their time for them, advised them or conveyed a certain spirit. Furthermore, the one who remains in the community substitutes in certain tasks in the house for the persons committed outside the community or prays for them or supports them with his or her own fidelity.

And now it is right not only that apostles be *deeply grateful* but also that they remain *closely united to their own community* in all that they do. The apostle must not act like the owner of the community but should try at any cost to have the community move along together, waiting, if necessary, for the one who goes more slowly, valuing the contribution of each one, sharing as much as possible the joys and efforts, insights and uncertainties, so that all feel as theirs the apostolate of each one of the others, without envy or jealousy. Apostles may be certain that no matter how much of themselves they give to the community, it will never equal what they have already received and will continue to receive from it.

d) *Persons in authority have a merciful heart*

St. Francis of Assisi, in a moving letter to a minister/superior, gave the following instructions about the possible personal weaknesses of his brothers: “And in this I want to know, if you love the Lord and myself, His servant and yours, if you have done this, namely, that there be no friar in the world, who has sinned, as much as one could sin, that, after he has seen your eyes, never leaves without your mercy, if he seeks mercy. And if he would not seek mercy, you are to ask him if he wants mercy. And if afterwards he would have sinned a thousand times before your eyes, love him more than me for this, so that you draw him to the Lord; and you are to always pity such ones”.⁷⁰

Persons in authority are called to develop a pedagogy of forgiveness and mercy, that is, to be instruments of the love of God that welcomes, corrects and always gives another chance to the brother or sister who makes a mistake and falls into sin. Above all they will need to remember that without hope of forgiveness a person finds it hard to get back on the path and tends inevitably to add wrong to wrong and failings to

failings. The perspective of mercy, instead, affirms that God is able to draw out, even from sinful situations, a way that leads towards the good.⁷¹ May persons in authority spare no efforts so that the whole community may learn this merciful style.

e) Persons in authority have a sense of justice

If the invitation of St. Francis of Assisi to forgive the brother who sins can be considered a precious general rule, it must be recognized that there can be behaviours in the members of some communities of consecrated persons that seriously harm their neighbour and that imply a responsibility vis-à-vis people outside the community and also within the institutions themselves to which they belong. If it is necessary to have understanding for the wrongdoing of the individual, it is also necessary to have a rigorous sense of responsibility and charity towards those who are eventually damaged by the incorrect behaviour of some consecrated person.

May he or she who errs know that he or she must answer personally for the consequences of his or her acts. Understanding for the confrere cannot exclude justice, especially in the face of vulnerable persons and victims of abuse. To accept and recognize the real evil and to assume the responsibility for it and its consequences are already steps on the path that leads to mercy: as for Israel who distanced itself from the Lord, the acceptance of the consequences of evil, that is, the experience of the Exile, is the first step in once again taking up the path of conversion and of rediscovering more deeply that real relationship with him.

f) Persons in authority promote collaboration with the laity

The growing collaboration with the laity in the works and activities conducted by consecrated persons raises new questions that require new responses both on the part of the community and on the part of authority. “The participation of the laity often brings unexpected and rich insights into certain aspects of the charism,” given that the laity are invited to offer “religious families the invaluable contribution of their ‘being in the world’ and their specific service”.⁷²

It was fittingly recalled that in order to reach the objective of mutual collaboration between religious and laity, “it is necessary to have: religious communities with a clear charismatic identity, assimilated and lived, capable of transmitting it to others and disposed to share it; religious communities with an intense spirituality and missionary enthusiasm for communicating the same spirit and the same evangelizing thrust; religious communities who know how to animate and encourage lay people to share the charism of their institute, according to their secular character and according to their different style of life, inviting them to discover new ways of making the same charism and mission operative. In this way, a religious community becomes a centre radiating outwardly, a spiritual force, a centre of animation, of fraternity creating fraternity, and of communion and ecclesial collaboration, where the different contributions of each help build up the Body of Christ, which is the Church”.⁷³

Furthermore, it is necessary that there be a well-defined description of the competencies and responsibilities of the laity as much as of the religious, as well as of the intermediate entities (administrative councils and the like). In all this, the one in charge of the community of consecrated persons has an irreplaceable role.

Difficult obedience

26. In the concrete development of the mission, some instances of obedience can be particularly difficult because points of view or means of apostolic or diaconal action can be perceived and thought of in different ways. In the face of certain difficult situations of obedience, to all appearances absolutely “absurd,” there can arise the temptation towards distrust and even abandonment. Is it worth continuing? Could I not realize my ideas better in another context? Why get worn out in pointless conflicts?

St. Benedict already confronted the question of an obedience “very burdensome or positively impossible to perform”; and St. Francis of Assisi considered the case in which “the subject sees things which are better and more useful for his soul than those which the prelate [superior] orders him to do”. The Father of monasticism replies, asking for a free, open, humble and trusting dialogue between the monk and the abbot, though in the end, if requested, the monk “obeys for the love of God and confiding in his help”.⁷⁴ The Saint of Assisi invites the person to implement a “loving obedience,” in which the friar voluntarily sacrifices his views and carries out the command requested, because in this way he “pleases God and neighbour”,⁷⁵ and sees a “perfect obedience, there, where even not being able to obey because he is being commanded “something against his soul”, the religious does not break unity with the superior and community, and is also ready to bear persecution because of it. “In fact,” observes St. Francis, “whoever chooses to suffer persecution rather than wish to be separated from his brothers truly remains in perfect obedience because he lays down his *life* for his brothers”.⁷⁶ This reminds us that love and communion represent supreme values to which even the exercise of authority and obedience are subordinated.

It must be recognized that it is understandable, on the one hand, to have a certain attachment to personal ideas and convictions, fruit of reflection or of experience and matured over time, and it is also a good thing to seek to defend them and to carry them forward, always in the perspective of the Reign of God, in a straightforward and constructive dialogue. On the other hand, it is not to be forgotten that the model is always Jesus of Nazareth, who even during his Passion asked God that his will, as Father, be done, nor did he pull back from death on the cross (cf. *Heb 5:7*).

When requested to give up their own ideas or projects, consecrated persons might experience loss and a sense of rejection of authority or to feel within themselves the “loud cries and tears” (*Heb 5:7*) and pleading that the bitter chalice might pass. But that is also the time to entrust oneself to the Father in order that his will might be done, and thus to be able to participate actively, with all one's being, in the mission of Christ “for the life of the world” (*Jn 6:51*).

It is in saying these difficult “yeses” that one can understand in depth the sense of obedience as a supreme act of freedom, expressed in total and confident abandoning of oneself to Christ, the Son freely obedient to the Father, and one can understand the sense of mission as an obedient offering of oneself that brings the blessing of the Most High: “I will bless you with every blessing...(and) all the nations of the earth shall gain blessing for themselves, because you have obeyed my voice” (*Gen 22:17, 18*). In that blessing obedient consecrated persons know that they will again find all that they left with the sacrifice of their being detached; within that blessing is also hidden the full realization of their own humanity (cf. *Jn 12:25*).

Obedience and objections of conscience

27. Here one could ask: Can there be situations in which a person's conscience would not seem to permit following the directives given by persons in authority? Can it happen, in short, that the consecrated person must state in relation to the norms or to their superiors: "It is necessary to obey God rather than men" (*Acts 5:29*)? This is the case of the so-called *objection in conscience* of which Paul VI spoke,⁷⁷ and that should be considered in its authentic meaning.

If it is true that conscience is the place where the voice of the Lord resounds, the voice that indicates to us how to behave, it is also true that it is necessary to learn to listen to this voice very attentively in order to know how to recognize it and distinguish it from other voices. In fact, it is necessary not to confuse this voice with those which emerge from a subjectivism that ignores or disregards the sources and criteria that cannot be given up and are mandatory in the formation of judgments of conscience: "It is the 'heart' converted to the Lord and to the love of what is good which is really the source of *true* judgments of conscience",⁷⁸ and "freedom of conscience is never freedom 'from' the truth but always and only freedom 'in' the truth".⁷⁹

The consecrated person will then have to reflect long before concluding that it is not the obedience received but what is sensed within him or herself that represents the will of God. He or she will also have to remember to keep the law of mediation in force in all cases, guarding him or herself from making serious decisions without any examination and verification. It certainly remains indisputable that what counts is to arrive at knowing and fulfilling the will of God, but it ought to be likewise indisputable that the consecrated person is committed by vow to accept this holy will through determined mediations. To say that what counts is the will of God, not the means, and to reject them or to accept them only on the basis of what is pleasing, can take away the meaning of the person's vow, and empty his or her own life of one of its essential characteristics.

Consequently, "apart from an order manifestly contrary to the laws of God or the constitutions of the institute, or one involving a serious and certain evil — in which case there is no obligation to obey — the superior's decisions concern a field in which the calculation of the greater good can vary according to the point of view. To conclude from the fact that a directive seems objectively less good that it is unlawful and contrary to conscience would mean an unrealistic disregard of the obscurity and ambivalence of many human realities. Besides, refusal to obey involves an often serious loss for the common good. A religious should not easily conclude that there is a contradiction between the judgment of his conscience and that of his superior. This exceptional situation will sometimes involve true interior suffering, after the pattern of Christ himself 'who learned obedience through suffering' (*Heb 5:8*)".⁸⁰

Difficult kinds of authority

28. But persons in authority can also become discouraged and disillusioned. In the face of the resistance of some members of the community and of certain questions that seem irresolvable, he or she can be tempted to cave in and to consider every effort for improving the situation useless. What we see here then is the danger of becoming managers of the routine, resigned to mediocrity, restrained from intervening, no longer having the courage to point out the purposes of authentic consecrated life and

running the risk of losing the love of one's first fervour and the desire to witness to it.

When the exercise of authority weighs heavily and is difficult, it is good to recall that the Lord Jesus considers such a task an act of love towards him: "Simon, son of John, do you love me?" (*Jn* 21:16). And listening again to the words of Paul becomes beneficial: "Rejoice in hope, be patient in suffering, persevere in prayer, contribute to the needs of the saints" (*Rm* 12:12-13).

The silent interior struggle that accompanies fidelity to one's own task, marked at times by solitude or misunderstanding of those to whom one gives oneself, becomes the way of personal sanctification and a means of salvation because of what he or she suffers.

Obedient until the end

29. If the life of the believer is entirely a search for God, every day of life becomes a continual learning of how to listen to his voice in order to do his will. It is a question certainly of a demanding school, almost a struggle between that I who tends to be in control of oneself and one's history and that God who is "the Lord" of every history, a school wherein one learns to entrust oneself so much to God and to his Fatherhood, as also to trust in men and women — his sons and daughters and our brothers and sisters. In this way the certitude grows that the Father never abandons anyone, not even when it is necessary to entrust the care for one's own life into the hands of the brothers or sisters and to recognize in them the sign of his presence and the mediators of his will.

With an act of obedience, even if unaware of it, we came to life, accepting that good Will that has preferred our existing to non-existence. We will conclude our journey with another act of obedience that hopefully would be as much as possible conscious and free but above all an expression of abandonment to the good Father who will call us definitively to himself, into his reign of infinite light, where our seeking will have found its conclusion and our eyes will see him in a Sunday without end. Then we will be fully obedient and fulfilled, because we will be saying "yes" forever to that Love that has made us happy with him and in him.

Prayer for persons in authority

30. "O Good Shepherd, Jesus, good, gentle, tender Shepherd, behold a shepherd, poor and pitiful, a shepherd of Your sheep indeed, but weak and clumsy and of little use, who cries out to You.

"Teach me, Your servant, therefore, Lord, teach me, I pray You, by Your Holy Spirit, how to devote myself to them and how to spend myself on their behalf. Give me, by Your unutterable grace, the power to bear with their shortcomings patiently, to share their griefs in loving sympathy, and discretely to help them according to their needs. Taught by Your Spirit, may I learn to comfort the sorrowful, to strengthen the weak, to be weak with those who are weak, to be indignant with those who suffer scandal, to become all things to all in order to save all. Place true, just and pleasing words in my mouth, so that they all may be built up in faith and hope and love, in chastity and lowliness, in patience and obedience, in spiritual fervour and submissiveness of mind.

“I commit them into Your holy hands and loving providence. May no one snatch them from Your hand, nor from the hands of Your servant's, unto whom You have committed them. May they always persevere with gladness in their holy purpose, unto the attainment of everlasting life with You, our most sweet Lord, their Helper, who live and reign to ages of ages. Amen”⁸¹.

Prayer to Mary

31. “O sweet and holy Virgin Mary, with Your believing and perplexed obedience, at the announcement of the angel You gave us Christ. At Cana with Your attentive Heart You showed us how to act responsibly. You did not wait passively for the action of Your Son but You anticipated it, making Him aware of the need and with discreet authority taking the initiative to send the servants to Him.

“At the foot of the cross, obedience made You the Mother of the Church and of believers while in the Upper Room every disciple recognized in You the gentle authority of love and service.

“Help us to understand that every true authority in the Church and in consecrated life has its foundation in being docile to the will of God and help each one of us become in fact, authority for others with our own life lived in obedience to God.

“O merciful and compassionate Mother, ‘You who did the will of the Father, ever ready in obedience’,⁸² make our lives attentive to the Word, faithful in the following of Jesus, the Lord and Servant, in the light and with the strength of the Holy Spirit, joyful in fraternal communion, generous in mission, prompt in our service to the poor, looking forward to the day in which obedience in faith will flow into the feast of Love without end”.

On 5 May 2008, the Holy Father approved this present Instruction of the Congregation for Institutes of Consecrated Life and Societies of Apostolic Life, and ordered its publication.

From the Vatican, 11 May 2008, the Solemnity of Pentecost.

Franc Card. Rodé, C.M. *Prefect*

+ Gianfranco A. Gardin, OFM Conv. *Secretary*

TABLE OF CONTENTS

Introduction

1. Consecrated Life as a witness of the search for God 2. A path of liberation 3. Addressees, intent and limitations of the document

FIRST PART Consecration and search for the will of God

4. Whom are we seeking? 5. Obedience as listening 6. "Hear, O Israel!" (Dt 6:4) 7. Obedience to the Word of God 8. In the following of Jesus, the obedient Son of the Father 9. Obedient to God through human mediation 10. Learning obedience in the day-to-day 11. In the light and in strength of the Spirit 12. Authority at the service of obedience to the Will of God 13. Some priorities in the service of authority

a) *In consecrated life authority is first of all a spiritual authority* b) *Persons in authority are called to guarantee to the community the time for and the quality of prayer* c) *Persons in authority are called to promote the dignity of the person* d) *Persons in authority are called to inspire courage and hope in the midst of difficulties* e) *Persons in authority are called to keep the charism of their own religious family alive* f) *Persons in authority are called to keep alive the "sentire cum ecclesia"* g) *Persons in authority are called to accompany the journey of ongoing formation*

14. The service of authority in the light of ecclesial norms 15. In mission with the freedom of the children of God

SECOND PART Authority and obedience in community life

16. The New Commandment 17. Persons in authority at the service of the community, the community at the service of the Reign of God 18. Docile to the Spirit who leads to unity 19. For a spirituality of communion and a communitarian holiness 20. The role of persons in authority for the growth of the community

a) *The service of listening* b) *Creation of an atmosphere favorable to dialogue, sharing and co-responsibility* c) *Soliciting the contribution of all for the concerns of all* d) *At the service of the individual and of the community* e) *Community discernment* f) *Discernment, authority and obedience* g) *Fraternal obedience*

21. "The first among you must be your slave" (Mt 20:27) 22. Community Life as mission

THIRD PART In mission

23. In mission with all one's being, as Jesus the Lord 24. In mission for service 25. Authority and mission

a) *Persons in authority encourage the taking up of responsibilities and respect them when taken up* b) *Persons in authority invite us to confront diversity in a spirit of communion* c) *Persons in authority maintain a balance between the various dimensions of consecrated life* d) *Persons in authority have a merciful heart* e) *Persons in authority have a sense of justice* f) *Persons in authority promote collaboration with the laity*

26. Difficult obedience 27. Obedience and objections of conscience 28. Difficult

kinds of authority 29. Obedient until the end 30. Prayer for persons in authority
31. Prayer to Mary

1 Cf. John Paul II, Post-Synodal Apostolic Exhortation *Vita consecrata* (25 March 1996), 1.

2 Dante Alighieri, *The Divine Comedy, Paradise*, III, 85.

3 Cf. *Vita consecrata*, 42: Congregation for Institutes of Consecrated Life and Societies of Apostolic Life Instruction *Fraternal Life in Community* (2 February 1994), 5; Congregation for Religious and Secular Institutes, Instruction *Essential Elements in the Church's Teaching on Religious Life as Applied to Institutes Dedicated to Works of the Apostolate* (31 May 1983), 41.

4 Cf. *Code of Canon Law*, can. 631, § 1; *Vita consecrata*, 42.

5 Cf. John Paul II, Apostolic Letter *Novo millennio ineunte* (6 January 2001), 43-45; *Vita consecrata*, 46, 50.

6 Congregation for Institutes of Consecrated Life and Societies of Apostolic Life, Instruction *Potissimum institutioni* (2 February 1990), in particular nn. 15, 24-25, 30-32.

7 In particular nn. 47-52.

8 In particular nn. 42-43, 91-92.

9 Congregation for Institutes of Consecrated Life and Societies of Apostolic Life, Instruction *Starting Afresh from Christ: A Renewed Commitment to Consecrated Life in the Third Millennium* (19 May 2002), in particular nn. 7 and 14.

10 St. Bernard, *De diversis*, 42, 3: *PL* 183, 662B.

11 St. Bernard, *De errore Abelardi*, 8, 21: *PL* 182, 1070A.

12 Benedict XVI, Encyclical Letter *Spe salvi* (30 November 2007), 43; cf. Fourth Ecumenical Lateran Council, in *DS* 806.

13 "More intimate than I am to myself": St. Augustine, *Confessions*, III, 6, 11.

14 Benedict XVI, *Letter to the Prefect of the Congregation for Institutes of Consecrated Life and Societies of Apostolic Life on the occasion of the Plenary Assembly*, 27 September 2005, in *L'Osservatore Romano*, English Edition, 12 October 2005.

15 St. Benedict, *Rule*, Prologue, 3. Cf. also St. Augustine, *Rule*, 7; St. Francis of Assisi, *Regula non bullata* 1, 1; *Regula bullata*, I, 1; cf. *Vita consecrata*, 46.

16 *Code of Canon Law*, can. 618.

17 Cf. Second Vatican Ecumenical Council, Decree on the Renewal of Religious Life *Perfectae caritatis*, 14; *Code of Canon Law*, can. 601.

18 Paul VI, Apostolic Exhortation *Evangelica testificatio* (29 June 1971), 29.

19 Cf. *Evangelica testificatio*, 25.

20 St. Ignatius of Loyola, *Constitutions of the Society of Jesus*, 84.

21 Cf. Benedict XVI, Post-Synodal Apostolic Exhortation *Sacramentum Caritatis* (22 February 2007), 12.

22 Cf. Sacred Congregation for Religious and Secular Institutes and the Sacred Congregation for Bishops, Directives for the Mutual Relations between Bishops and Religious in the Church *Mutuae relationes* (14 May 1978), 13.

23 *Perfectae caritatis*, 14.

24 Benedict XVI, *Homily during the Mass for the beginning of his Petrine Ministry* (24 April 2005), *AAS* XCVII (2005), 709.

25 St. Ignatius of Antioch, *Letter to Polycarp*, 4, 1.

26 Cf. St. Augustine, *Enarrationes in Psalmos* 70.1.2: *PL* 36, 875.

27 Cf. *Fraternal Life in Community*, 50

28 Benedict XVI, *Address to Superiors General*, 22 May 2006, in *L'Osservatore Romano*, English Edition, 31 May 2006, 13; cf. *Starting Afresh from Christ*, 24-26.

29 Cf. Second Vatican Ecumenical Council, Dogmatic Constitution *Lumen gentium*, 11; *Starting Afresh from Christ*, 26.

30 Cf. *Sacramentum Caritatis* 8; 37; 81.

31 Cf. *Vita consecrata*, 42.

32 Cf. *Mutuae relationes*, 34-35.

33 Benedict XVI, *Homily during the Chrism Mass*, 20 March 2008, in *L'Osservatore Romano*, English Edition, 26 March 2008, p. 12.

34 *Starting Afresh from Christ*, 32.

35 Cf. *Code of Canon Law*, can. 590, § 2.

36 Cf. *Vita consecrata*, 46.

- 37 *Vita consecrata*, 70.
- 38 Cf. *Fraternal Life in Community*, 32.
- 39 Cf. *Code of Canon Law*, can. 617-619.
- 40 *Code of Canon Law*, can. 618.
- 41 *Code of Canon Law*, 618.
- 42 *Code of Canon Law*, 601.
- 43 *Code of Canon Law*, 619.
- 44 In fact, the religious community is able to follow and manifest the primacy of the love of God that is the end itself of consecrated life and, thus, also its first obligation and the first apostolate of individual members of the community, cf. *Code of Canon Law*, can. 573, 607, 663, § 1, 673.
- 45 *Code of Canon Law*, can. 619.
- 46 Cf. *Code of Canon Law*, can. 619; 602; 618.
- 47 Cf. *Perfectae caritatis*, 14.
- 48 *Vita consecrata*, 92.
- 49 *Sacramentum caritatis*, 15.
- 50 Cf. *Vita consecrata*, 42.
- 51 *Fraternal Life in Community*, 51.
- 52 Cf. *Perfectae caritatis*, 14.
- 53 St. Benedict, *Rule*, 3, 1.3.
- 54 Cf. *Vita consecrata*, 43; *Fraternal Life in Community*, 50c; *Starting Afresh from Christ*, 14.
- 55 *Fraternal Life in Community*, 32.
- 56 *Vita consecrata*, 92.
- 57 Cf. *Vita consecrata*, 43.
- 58 St. Benedict, *Rule*, 71, 1-2.
- 59 St. Benedict, *Rule*, 72, 4-7.

- 60 St. Basil, *Short Rule* Question 115.
- 61 St. Bernard, *De consideratione*, II, X, 20: PL 182, 754D.
- 62 St. Clare of Assisi, *Testamento*, 61-62.
- 63 John Paul II, *To the Plenary of the Congregation for Consecrated Life and Societies of Apostolic Life*, 20 November 1992, in *L'Osservatore Romano*, English Edition, 2 December 1992, p. 2; cf. *Fraternal Life in Community*, 54, 71.
- 64 *Fraternal Life in Community*, 54.
- 65 St. Ignatius of Loyola, *Spiritual Exercises*, 95, 4-5.
- 66 *Vita consecrata*, 92.
- 67 Cf. *Vita consecrata*, 43.
- 68 Cf. *Fraternal Life in Community*, 50.
- 69 Cf. *Fraternal Life in Community*, 59.
- 70 St. Francis of Assisi, *A Letter to a Certain Minister Provincial*, 7-10.
- 71 Cf. John Paul II, Encyclical Letter *Dives in Misericordia*, 30 November 1980, 6.
- 72 *Vita consecrata*, 55; cf. *Starting Afresh from Christ*, 31.
- 73 *Fraternal Life in Community*, 70.
- 74 St. Benedict, *Rule*, 68, 1-5.
- 75 St. Francis of Assisi, *Admonition III*, 5-6.
- 76 St. Francis of Assisi, *Admonition III*, 9.
- 77 Cf. Paul VI, *Evangelica testificatio*, 28-29.
- 78 John Paul II, Encyclical Letter *Veritatis splendor*, 6 August 1993, 64.
- 79 *Veritatis splendor*, 64.
- 80 *Evangelica testificatio*, 28.
- 81 Aelred of Rievaulx, *Pastoral Prayer*, 1, 7, 10. CC CM Vol. I 757-763.
- 82 *Vita consecrata*, 112.

